

PRESENTACIÓN DE LA ENCÍCLICA DE BENEDICTO XVI: “*DEUS CARITAS EST*”

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ
Instituto Teológico de Cáceres

RESUMEN

Con este trabajo no sólo pretendemos ayudar a conocer esta hermosa Encíclica de Benedicto XVI, sino también deseamos facilitar una lectura adecuada y una correcta intelección de la misma. Para ello ofrecemos en una introducción los rasgos o características de este documento, después exponemos la estructura básica y las claves interpretativas para terminar ofreciendo los contenidos fundamentales y más significativos de la misma. Invitamos a todos a leer y meditar el texto de este documento del Santo Padre a quien agradecemos esta primera Encíclica.

Palabras clave: Actividad caritativa, Amor, Caridad, Dios, Eucaristía, Excluidos, Jesucristo, Justicia, Matrimonio, María, Perfil de la actividad caritativa de la Iglesia, Prójimo, Responsables de la acción caritativa de la Iglesia.

ABSTRACT

Our wishes on this work are those of making it easier to comprehend the meaning of this beautiful encyclical by the Pope, Benedict XVI. We also want to provide an adequate interpretation and a correct understanding of it. For such purpose we present, firstly, the document's features and, secondly, we give an explanation about both the basic structure and the keys for a better comprehension of the text. Finally, we will finish by listing its most significant and fundamental contents. We would like to invite all of you to read and reflect on this document written by His Holiness to whom we are thankful for this encyclical.

Key words: Charity, Charity-related activities, Eucharist, (the) Excluded, Fellowship, God, Jesuschrist, Justice, Love, Matrimony, People in charge of the Church's charitable activities, Profile of the Church's charitable activities, Virgin Mary

INTRODUCCIÓN

El Santo Padre Benedicto XVI nos ha regalado su primera Carta Encíclica titulada “*Deus caritas est*”, como una ayuda espiritual, doctrinal y pastoral. Es una luz que nos permite redescubrir “el corazón de la fe cristiana” en un momento en que la Iglesia y el mundo necesitan ser iluminados por esa Luz que es Cristo. “Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica” (n.39). Ya desde ahora invito a los lectores a leer, meditar y poner en práctica la Encíclica porque, por una parte, nos manifiesta la originalidad del Cristianismo y, por otra, nos da la clave que nos permite adentrarnos, descalzos como Moisés (cf. Ex 3,5), en el misterio de Dios y en el misterio del hombre.

Jean-Claude Leclerc escribe lo siguiente sobre las expectativas que se tenían antes de que el Papa publicase su primera encíclica: “Se esperaba una denuncia de los males contemporáneos, por ejemplo, o una sabia reflexión doctrinal. El propósito del Papa se ha centrado más bien en la experiencia humana más elevada y tal vez la más ardua: el amor humano”¹. De todos modos este tema no era del todo nuevo pues ya Juan Pablo II había escrito un mensaje a los jóvenes de Francia en el que decía: “Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amado”.

Esta Encíclica ha sido preparada por mensajes que el propio Papa ha dirigido en momentos muy importantes:

- Mensaje a la Curia Vaticana antes de Navidad (2005),
- Mensaje de Navidad (25-XII-2005),
- Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz (1-I-2006).

En todos ellos hay una continuidad que desemboca en esa especie de gran sinfonía que es la encíclica “Dios es amor”.

Dos fechas vinculadas a la Encíclica:

- 25-XII-2005: El Santo Padre firmó su primera Encíclica el día de la solemnidad de la Natividad del Señor, fiesta de la bondad y el amor, la ternura y la misericordia, la humanidad y la gracia de Dios, manifestados y hechos visibles en Jesús su Hijo nacido de María Virgen en Belén. Jesús es el rostro visible del amor de Dios para los hombres: quien

¹ “L’encyclique de l’amour – Benoit XVI va-t-il suprendre le monde catholique?”; Le réseau Culture et Foi –culture et foi@videotron.ca

acoge el amor de Jesús acoge el amor de Dios. San Pablo lo manifiesta con palabras sencillas pero de un contenido teológico inmenso: “mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres...” (Tt 3,4).

- 25-I-2006: El Santo Padre publicó su Encíclica el día de la fiesta de la conversión de San Pablo, y el final del Octavario de oración por la unidad de los cristianos, con lo que puso de relieve dimensiones ecuménicas y conciliares que están presentes en la Encíclica.

I. PRESENTACIÓN DE LA ENCÍCLICA

1. ¿QUÉ ES UNA ENCÍCLICA?

Una Encíclica es el documento doctrinal más importante al que recurre un Papa, después de una definición dogmática, en el ejercicio de su Magisterio. La encíclica es una forma ordinaria de ejercer el magisterio en su misión de servicio a la Palabra de Dios para interpretarla y enseñarla fielmente (cf. DV n.10)².

Una encíclica suele responder a cuestiones particulares de una época, pretende iluminar aspectos esenciales de la doctrina de la Iglesia y es una de las fuentes más importantes y principales de la predicación de la Iglesia Católica. La práctica de escribir Encíclicas la inició Gregorio XVI, en 1832. Juan Pablo II publicó 14 encíclicas sobre temas de verdadera importancia y significado para nuestro tiempo. Benedicto XVI exhorta a todos a leer y asumir las enseñanzas de Juan Pablo II.

2. TÍTULO DE LA ENCÍCLICA

El título de esta encíclica es: “*Deus caritas est*” –“Dios es amor”–. Así comienza también la encíclica. Estas palabras “expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana” (n.1). Están tomadas literalmente de la primera carta de San Juan que dice: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (Jn 4,16), y hunde sus raíces en Jesús de Nazaret –palabras y hechos, parábolas y signos, experiencia y ministerio–. No podía ser de otra manera ya que sólo Jesús es quien nos ha revelado el misterio inefable de Dios: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre, Él lo ha contado” (Jn 1,18).

² J. SALAVERRI, “Encíclicas”, en *Sacramentum Mundi*, vol. 2; Barcelona, Herder, 1972, Cols. 567-570.

El Papa nos ha sorprendido al elegir como tema para su primera encíclica la definición de Dios que nos ofrece San Juan bajo la inspiración del Espíritu Santo. Al escoger el tema de su primera encíclica, Benedicto XVI manifiesta lo que para él es esencial y desea que lo sea para todos los católicos. Nos parece que el Santo Padre desea transmitir a todos una realidad esencial de nuestra fe; su Encíclica va a lo esencial. Sí, Dios es amor. Benedicto XVI nos ha presentado algo conocido por todos, pero tal vez olvidado porque no lo vivimos de forma suficiente, adecuada y auténtica. Nos ha recordado que “Dios es amor”. Olegario González de Cardenal afirma que “la encíclica se titula «Dios es amor», es decir, Dios es una libertad amorosa que por la plenitud de esa felicidad vivida engendra otros seres justamente para que participen de esa libertad, para que sean sus colaboradores en el mundo, y para que se gocen existiendo, y va a subrayar que la libertad sólo existe si un amor nos precede, nos acompaña y nos espera”³.

3. ¿CÓMO ES ESTA ENCÍCLICA?

Esta Encíclica es bella y hermosa desde el punto de vista literario, lúcida y clarividente en la exposición y desarrollo del tema, escuchante y dialogante con la cultura humana, interpelante y alentadora para todos.

Es una Carta que se caracteriza por la profundidad de contenidos y la claridad en su exposición, por la clarividencia filosófico-teológica, por la aplicación pastoral concreta y por la capacidad de explicar de manera clara y sencilla cosas esenciales de nuestra fe y de nuestra moral cristianas. Refiriéndonos a la citada “clarividencia filosófica y teológica” del Papa, queremos decir unas palabras que iluminen posibles dudas y clarifiquen posibles interpretaciones no correctas. El Magisterio del Papa no es portavoz de las propuestas de una escuela filosófica o teológica sino que su tarea básica y principal es conservar y preservar el depósito de la fe, así como ampliar nuestra comprensión de la revelación divina en continuidad con el Magisterio precedente. Habiendo dicho esto, también debemos decir que cada Papa acentúa algunos rasgos en materia de pensamiento. En nuestro caso, Benedicto XVI utiliza el vigor de la razón para explicar la fe bajo algunas claves muy queridas por él desde su época de profesor universitario.

El estilo literario de Benedicto XVI responde a su formación teológica y humanista, y a su tarea de teólogo sistemático y lúcido. El Papa aborda un tema y lo va desentrañando y exponiendo de forma lineal, no por círculos concéntri-

3 O GONZÁLEZ DE CARDENAL, “Declaraciones a *Alba*”; Suplemento al n .69, del 27 al 2-II-2006.

cos, hasta llegar al final del mismo. Mons. Manuel Ureña escribe lo siguiente: "Joseph Ratzinger muestra en sus textos la impronta del teólogo sistemático, del pensador lineal, del discurso perfectamente concatenado y sintético. Los datos bíblicos y filosóficos son integrados en un discurso teológico único que avanza desde el principio y llega al final, siempre presidido por una lógica implacable, sin conocer retroceso alguno y con una sencillez y claridad tan meridianas, que convierten a su autor en un catequista de talla"⁴.

¿Qué aporta la revelación cristiana y la gracia de Cristo a lo humano?

Otorga la purificación y elevación del eros.

Abre al amor al prójimo en Dios y por Dios, invita a amarle desde la perspectiva de Jesucristo, a amarle más allá de la justicia, en gratuidad y sin esperar nada a cambio.

Proporciona la purificación de la razón, da sentido último a la ética y "rea- viva las fuerzas morales del ser humano.

Da alma y vida a la solidaridad y a la justicia; hace patente y presente el sentido gratuito y oblativo del amor.

Merece, por tanto, ser leída y meditada ya que en ella podemos encontrar respuesta a muchas preguntas que nos hacemos a diario.

4. ¿CUÁLES SON LOS OBJETIVOS DE ESTA ENCÍCLICA?

Benedicto XVI nos muestra con claridad los objetivos que pretende alcanzar con su encíclica:

- "Suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino" (n.1).
- Vivir el amor e irradiar la luz de Dios: "el amor es una luz –en el fondo la única–, que ilumina constantemente al mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar" (n.39)
- Subrayar la centralidad de la fe en Dios, en ese Dios que ha asumido un rostro humano y un corazón humano. La fe no es una teoría que uno puede asumir o arrinconar. Tenemos necesidad del Dios vivo que nos ha amado hasta la muerte. Ante un hombre científico y tecnológico que pretende convertirse en el centro del mundo y de la cultura, el Papa nos

4 MONS. MANUEL UREÑA, "Charlas Cuaresmales. Introducción a la Carta-Encíclica «Deus Caritas est» de Benedicto XVI", en *Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza*, 145/4 (2006), 226.

invita a recuperar la oración que nos ayude a superar la indiferencia religiosa y el ateísmo, el activismo y el secularismo.

- Invitar a la Iglesia y a todos los cristianos a volver a las raíces de la fe, a la contemplación de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Redentor y Salvador de la humanidad.
- Promover el diálogo con el mundo y la cultura para darle a conocer la verdad del amor divino.
- Ofrecer un camino de paz y reconciliación a los hombres que se debaten entre guerras y violencias. Ante tanta violencia, guerra, hambre, insultos, descalificaciones, el Santo Padre nos recuerda que el amor a Dios nos ha de mover a amar, respetar y defender a cualquier ser humano de todo signo de violencia, exclusión, marginación. Algunos pretenden acercarse a Dios olvidándose del prójimo. Esto es un error. El Papa nos enseña que cuanto más nos aproximamos a Dios más debemos amar a los demás porque Dios es el Padre de todos.

5. ALGUNAS NOVEDADES DE ESTA ENCÍCLICA

Exponemos a continuación algunas novedades de esta Encíclica:

Al desarrollar los temas, no sólo cita la Sagrada Escritura y los Santos Padres, sino también a autores como Platón, Virgilio, Dante, Nietzsche, Marx, Descartes.

No oculta ni le asusta la razón, sino que confía en la razón. Es un pensador. Su abundante producción filosófica y teológica así lo muestra.

La reflexión “*Deus caritas est*” “no es una encíclica sobre muchas cosas sino sobre una, el amor, que es donde está el quicio y la entraña del Cristianismo”. La Encíclica es un texto en el que el autor pasa a segundo término, ya que se centra y concentra su entera atención en Dios y en su amor.

Mons. Fernando Sebastián escribe a este respecto: “las aportaciones más originales, o mejor, las recuperaciones más interesantes de la encíclica podrían ser éstas:

- Unidad del amor humano, acercamiento entre «eros» y «agapé», valoración positiva del amor humano en su integridad.
- Acercamiento entre creación y redención, el amor de Dios desborda la naturaleza, el hombre no puede descubrirse ni realizarse en su plenitud sin contar con Dios conocido y aceptado libremente como origen y plenitud de su vida.
- Valor universal y definitivo de Jesucristo.

- La conciliación entre libertad y religión, la fundamentación religiosa y amorosa de la moral cristiana.
- Diálogo lúcido, respetuoso y generoso con la modernidad, catequesis adaptada al hombre moderno y posmoderno⁵.

6. EL TEMA BÁSICO DE LA ENCÍCLICA: EL AMOR VERDADERO

En la larga lista de Encíclicas papales, ésta es la encíclica del amor. Con expresiones precisas y nítidas, Benedicto XVI llega al centro y al núcleo, a la entraña y a la esencia, del Cristianismo, recogiendo en un movimiento integrador todos los elementos que constituyen y muestran el amor verdadero "En mi primera encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás" (n.1). Ante un mundo falto de amor y de respeto al otro, como el nuestro, el Papa proclama que Dios es amor y nos pide que lo amemos y que nos amemos como hermanos. El Papa ha querido ir al manantial y a la fuente de donde procede lo esencial, lo siempre nuevo, lo que nunca envejece, lo que es siempre mayor, lo que da sentido a todo, pues "si no tengo amor nada soy" (1 Co 13,1). El Papa se acerca al hombre y a la mujer del s. XXI para proponerles el corazón de la fe cristiana: "Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él".

En la primera parte de la Encíclica, habla del amor que Dios de manera misteriosa y gratuita nos ofrece y de la relación de este amor con el amor humano. La ternura, la misericordia, la cordialidad, la compasión, la fidelidad son los rasgos del amor que Dios nos tiene.

En la segunda parte, se refiere a cómo la Iglesia ha realizado el mandamiento del amor al prójimo. En el Cristianismo "se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto". En el texto del juicio final de Mateo 25,31-46, "el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres (...). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios" (n.15).

7. ¿ESTA ENCÍCLICA ES PROGRAMÁTICA?

Los Papas suelen presentar en su primera encíclica las líneas maestras de su pontificado. Recordemos la encíclica del beato Juan XXIII: "*Ad Petri Ca-*

5 MONS. FERNANDO SEBASTIÁN, "Dios es amor", en *Boletín Oficial Diocesano*, abril (2006).

thedram”; la de Pablo VI: “*Ecclesiam suam*”; la de Juan Pablo II: “*Redemptor hominis*” que fueron programáticas.

¿La Encíclica de Benedicto XVI ha de ser calificada como programática? Dicho de otro modo: ¿Esta Encíclica presenta las líneas maestras de su pontificado?

Benedicto XVI dijo: “mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, ni seguir mis propias ideas, sino el ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la Palabra y de la Voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca la Iglesia en esta hora de nuestra historia”⁶.

Nos parece que esta Encíclica es también programática por dos razones básicas: porque el Papa manifiesta lo siguiente en el inicio de la misma: “Se comienza a ser cristiano por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n.1). “Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino” (n.1); y porque al final de la misma nos habla del programa de la vida de María en parecidos términos: “No ponerse a sí mismo en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno” (n.41) y “María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva” (n.42). Nos parece que el Santo Padre invita a la Iglesia y a todos los cristianos a volver a las raíces más hondas del Cristianismo, a la contemplación de Nuestro Señor Jesucristo, que es la encarnación visible, histórica del amor y la salvación de Dios a la humanidad. En Cristo está el manantial y la fuente de la gracia. Y de Él hemos recibido la gracia por la fe y el bautismo.

Finalmente recordemos este texto: “En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma y que nosotros debemos comunicar a los demás (n.1). Es cierto que alguna que otra vez, los cristianos hemos dado la impresión de dar la primacía en el Cristianismo a los mandamientos. Es verdad que el cristiano ha de observar los mandamientos de la Ley de Dios, pero no es menos verdad que hemos de hacerlo no por una fría imposición que venga del exterior, sino porque creemos en el amor que Dios nos tiene y en su primacía en la fe cristiana y, por

6 BENEDICTO XVI, “Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma, domingo 24 de abril de 2005”, en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2005/documents/hf_ben-xvi_hom_20050424_inizio-pontificato_sp.html, consultado el 5 de julio de 2006.

tanto, todo lo demás brota de ese amor como una respuesta amorosa, sacrificada y entregada a Dios que nos amó primero.

II. ESTRUCTURA DE LA ENCÍCLICA

Para comprender bien el contenido de esta encíclica, debemos conocer cómo está construida, cuáles son sus contenidos más importantes, cuáles sus claves más significativas. En breve síntesis ofrecemos la estructura de la encíclica que está constituida por los siguientes elementos:

1. INTRODUCCIÓN DE LA ENCÍCLICA

“«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16b). Estas palabras de San Juan expresan el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino” (n.1). El amor de Dios, que arde sin cesar desde toda la eternidad en el misterio inefable de la Stma. Trinidad y que se ha manifestado en la historia, de manera privilegiada, en el Corazón Divino de Jesús traspasado por la lanza del soldado en el Calvario. Es en la Cruz, donde puede contemplarse el amor de Dios. Dios se hizo presente en la cruz de su hijo Jesucristo no por medio del poder y de la gloria, sino por el amor y la entrega. ¡Cuánto tenemos que contemplar, conocer, vivir! Al hilo de estas afirmaciones, recordemos aquellas palabras de Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10). Quedémonos con las enseñanzas de San Pablo que nos dice: “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8).

“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él” (1 Jn 4,16a). La opción fundamental de la vida del cristiano es “creer en el amor de Dios” (n.1).

El Card. Antonio María Rouco Varela escribe en esta misma dirección: “Conocer y creer en ese Amor de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo es el inmenso don que hemos recibido los hijos de la Iglesia y, a la vez, el impulso espiritual que ha de movernos a transmitirlo y comunicarlo a los demás, precisamente en un mundo en el cual, como dice el Papa, a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia. Y, en cualquier caso, en una sociedad como la nuestra –la europea y la española– en donde el plantearse la vida como si Dios no existiese y buscarse la felicidad al margen de Él es moneda corriente en el existir diario y tentación

permanente que acecha a los cristianos para que olviden el conocimiento del Amor Divino que nos salva y lo cambien por el seguimiento y la adoración de tantos ídolos que sólo pueden garantizar una cosa: la satisfacción egoísta y, al final, frustrante y mortal de nuestras pasiones más instintivas”⁷.

El punto de partida de la Encíclica

El punto de partida de la Encíclica es ante todo el corazón mismo de la fe cristiana: que Dios es amor personal, que nos ama, que es la fuente del amor humano verdadero y que este amor se nos ha revelado y dado en Jesucristo. Y al mismo tiempo, que ese amor se hace visible y se difunde a través de la vida de la Iglesia como servicio de caridad (cf. 1 Jn 4,16). Este mensaje lo ofrece el Papa a la humanidad.

2. PARTES DE LA ENCÍCLICA

No hay en la Encíclica dos temas distintos, sino dos dimensiones del mismo misterio: el Amor de Dios revelado a la fe cristiana urge una fecundidad “aquí y ahora”. El amor que Dios es y la comunidad de amor que la Iglesia ha de ser son las dos partes de esta hermosa e interpelante Encíclica, que agradecemos sinceramente. Hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y él nos impulsa a la entrega personal a favor, y más allá, de un orden justo, “haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible” (n.31) Porque más allá de la justicia, el hombre tiene necesidad de amor (n.29).

2.1. *La Primera parte: “La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación” (nn.2-18)*

Esta parte tiene un carácter más especulativo, ya que en ella el Santo Padre precisa algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios ofrece al hombre y, a la vez, muestra la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano (n.1).

Esta primera parte tiene cinco capítulos:

- Un problema de lenguaje (n.2). Multiplicidad de significados, entre los que destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer.

⁷ Carta pastoral: “Deus Caritas est – Dios es amor”, Enero de 2006, en <http://www.conferenciaepiscopal.es/obispos/autores/roucovarela/05.htm>. Consultado el 10 de noviembre de 2006.

- “Eros” y “agapé”, diferencia y unidad (nn.3-8). El Papa expone la diferencia y unidad entre “eros” (ímpetu amoroso entre el hombre y la mujer), “ágape” (amor de donación al otro) y “filía” (amor de amistad).
- La novedad de la fe bíblica (nn.9-11). La nueva imagen de Dios.
- Jesucristo, el amor de Dios encarnado (nn. 12-15)
- Amor a Dios y amor al prójimo (nn.16-18)

A nuestro juicio, el núcleo esencial de esta parte está constituido por los números siete y ocho ya que en ellos el Papa responde a la cuestión de si el mensaje de amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o se opone a ella.

2.2. *La Segunda parte: “Caritas, el ejercicio del amor por parte de la Iglesia como comunidad de amor, y muestra las consecuencias de la caridad” (nn.19-39)*

Esta segunda parte está ligada a la primera y comienza haciendo una referencia explícita a la Stma. Trinidad: “ves la Trinidad si ves el amor” (n.19) y al Espíritu Santo de quien dice que es “la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor” (n.19), por lo cual el amor cristiano es motivado por la moción del Espíritu Santo: “nos urge la caridad de Cristo”.

Benedicto XVI muestra en esta segunda parte la praxis del amor en la historia de la Iglesia y, a la vez, estimula y empuja a las instituciones católicas, a las diócesis y a los organismos de caridad a hacer lo posible y de la mejor manera para ayudar a los pueblos empobrecidos y necesitados, a los pueblos devastados por catástrofes naturales, por el hambre, la guerra...

Esta parte tiene cinco capítulos:

- La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario (n.19).
- La caridad como tarea de la Iglesia (nn.20-25)
- Justicia y caridad (nn.26-29)
- Las múltiples estructuras de servicio caritativo en el contexto social actual (n.30)
- El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia (n.31)
- Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia (nn. 32-39).

Creemos que el núcleo esencial de esta parte es el número 31 ya que expone el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia. El Santo Padre llega de esta forma al corazón de cada lector: ante tantos seres humanos que

sufren a causa del hambre, del dolor, de la exclusión no podemos mostrarnos indiferentes ya que “el amor para los cristianos se convierte no solamente en una obligación sino en una decisión de vida, en una elección de libertad de quien sabe renunciar a sí mismo en vista del otro”⁸.

III. CLAVES PARA ENTENDER LA ENCÍCLICA

La presentación de la Encíclica exige de nuestra parte ofrecer a los lectores las claves o criterios hermenéuticos desde los que debe ser leída, comprendida y vivida.

1. CLAVE BÍBLICA

Para el profesor J. Ratzinger, la Sagrada Escritura era de verdad el alma de la teología como había enseñado el concilio Vaticano II (cf. DV. 24). En un libro de carácter biográfico, afirma que siguió con verdadero interés las clases sobre el Nuevo Testamento que ofreció el profesor Friedrich Wilhelm Maier y dice: “desde entonces, para mí la exégesis ha seguido siendo siempre el centro de mi trabajo teológico”⁹. No es de extrañar, por tanto, que la Escritura Santa vertebré el texto de la encíclica. Al proponer esta clave, pretendemos descubrir y exponer los fundamentos bíblicos de la encíclica ya que ocupan un lugar decisivo en la argumentación y en el desarrollo de la Encíclica.

¿Cuáles son los textos bíblicos en los que se fundamenta la Encíclica?

1.1. *Introducción de la Encíclica*

El punto de partida y la inspiración fundamental de la Encíclica es el texto de la Primera Carta de San Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en Él. Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (4,16). Benedicto XVI define este versículo como “el corazón de la fe cristiana”; “una formulación sintética de la existencia cristiana”; “la opción fundamental de la vida del cristiano” (n.1). Hermoso comienzo con el que arranca la Encíclica y que expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre.

⁸ MONS. CARLOS OSORO, Carta pastoral: “Vivir el amor, para poder llevar la luz de Dios al mundo”, en *ib.*

⁹ J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Madrid, Ed. Encuentro, Madrid, 42005, 78.

El Santo Padre incluye también dos textos muy importantes como apoyo del texto de Juan. Están tomados de los siguientes libros del AT: Deuteronomio: "Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas" (6,4-5) y el Levítico: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (19,18). Finalmente, incluye también el texto del evangelio de Juan que dice: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único" (3,16).

1.2. La primera parte de la Encíclica

* Textos del Génesis que narran la creación del hombre y de la mujer por Dios (Gn 1,26-27; 2,7.18-22), hablan de su atracción mutua (Gn 2,23) y de la institución del matrimonio del matrimonio (Gn 2,24). El hombre sin la mujer está solo e incompleto (Gn 2,23-24).

* Textos del Cantar de los Cantares que presentan el amor esponsal de una forma novedosa y diferente a como era entendido en aquel ambiente. Recordemos estas palabras: "El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo.(...) El amor tiende a la eternidad. Ciertamente el amor es éxtasis", pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún , hacia el descubrimiento de Dios" (n.6).

* Los Profetas Oseas y Ezequiel utilizan el vocabulario amoroso del matrimonio para mostrar las relaciones de Dios con el Pueblo de Israel: "han descrito la pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución" (n.9).

* Para fundamentar e iluminar el amor como "un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación", Benedicto XVI acude al Evangelio de Lucas: "El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará" (17,33). El Papa glosa este texto así: "Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante" (n.6).

* Apoyándose en el profeta Oseas propone una nueva imagen de Dios: "¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? (...) Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas" (11,8-9). A la luz de estas afirmaciones, escribe el Papa: "El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la cruz" (n.10).

* El amor al prójimo viene expuesto con hondura e intensidad en las grandes parábolas de Jesús: El rico Epulón (cf. Lc 16,19-31); el Samaritano (cf. Lc 10,25-37): “Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mi y que yo pueda ayudar” (n.15); la gran parábola del Juicio Final (cf. Mt 25,31-46) “en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana” (n.15). El amor al hermano visible es el criterio del amor a Dios invisible (I Jn.4,20). Dios no es del todo invisible: se manifestó en su Hijo Jesús (1 Jn,4,9; Jn 14,9).

* Benedicto XVI toma varios textos de la tradición joánica.

– Jn 19,33-34: “los soldados, al llegar a Jesús, como le hallaron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua”. Este texto sirve como inspirador de la Encíclica y permite comprender el significado profundo de la misma. Podemos decir que en este acontecimiento de la vida de Jesús, en el que está más indefenso y en el que su amor es más absolutamente gratuito, es donde se revela y se manifiesta la naturaleza más honda del amor cristiano.

– 1 Jn 4,20: “Si alguno dice: “amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”. Comenta el Papa: “...este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera Carta de Juan (...), el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios” (n.16). El amor es en definitiva la única luz que “ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza necesaria para vivir y actuar” (n.39).

1.3. La segunda parte de la encíclica

A lo largo y ancho de esta segunda parte, también hay una serie de textos bíblicos que constituyen el entramado del texto de la Encíclica.

* Evangelio según San Juan (19,1ss): El Papa lo comenta con palabras conmovedoras: “Hemos podido fijar nuestra mirada sobre el traspasado (cf. Jn 19,37; Za 12,10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. Jn 3,16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre” (n.19). “Al morir en la cruz, Jesús «entregó el espíritu» (cf. Jn 19,30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. Jn 20,

22). Se cumpliría así la promesa de los «torrentes de agua viva» que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7, 38-39).

* Hechos de los Apóstoles (2,42-45; 4,32-37).

El Santo Padre fundamenta en estos textos que “también la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor” (n.20), y manifiesta que “la Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos” (n.22).

* Hechos de los Apóstoles (6,5-6). La elección de los siete varones fue el principio del ministerio diaconal. No se trataba meramente de un servicio técnico de distribución, ya que eran hombres “llenos de Espíritu y de sabiduría”. Benedicto XVI comenta este texto: “Con la formación de este grupo de Siete, la «diaconía» –el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico– quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma” (n.21).

* Primera Carta a los Corintios (cap.13). El himno paulino a la caridad “debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial; en él se resumen las reflexiones que el Papa ha expuesto sobre el amor a lo largo de esta carta Encíclica” (n.34).

* En el Magnificat (Lc 1,46-56) María nos ofrece su honda experiencia de Dios, cuya misericordia se extiende de generación en generación” y nos desvela que entendió y vivió su existencia no desde las claves del egoísmo ni de la insolidaridad, sino desde el servicio y la humildad, desde la pro-existencia y la confianza. María permanece fiel al pie de la Cruz de su Hijo (Jn.19,25-27).

2. CLAVE DE LA UNIVERSALIDAD: UNA ENCÍCLICA PARA TODOS

El Papa se dirige a los miembros de la Iglesia Católica

Sus destinatarios son enumerados por el Papa: “a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos”. A diferencia de lo que se hacía desde la Encíclica “*Pacem in terris*” del beato Juan XXIII, Benedicto XVI no menciona explícitamente “a los hombres y mujeres de buena voluntad”. ¿Quiere ello decir que el Papa los excluye, replegándose en los recintos íntimos de la Iglesia? Nos parece que no. Hay razones que avallan nuestra interpretación.

El Papa tiene en cuenta a los cristianos

Recordemos que el Papa publica su encíclica el día 25 de enero, fiesta de la conversión de San Pablo, patrimonio común de todos cristianos, final del

Octavario de oraciones por la unidad de los cristianos. En la Basílica de San Pablo Extramuros, celebró las Vísperas con los hermanos ortodoxos y los evangélicos.

El Papa piensa también en los miembros de otras Religiones

Los judíos: Benedicto XVI hace referencia a las raíces judías del mensaje de Jesús. Recordemos estas hermosas palabras: “El Dios único en el que cree Israel (...) ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape” (n.9).

Benedicto XVI tiene también en su mente a los no creyentes

El Santo Padre piensa también con los no creyentes, ya que dialoga con los representantes del pensamiento griego y latino: Aristóteles, Platón, Virgilio, y con autores de nuestro tiempo: Nietzsche, Marx.

El Papa dirige, en definitiva, su mensaje a todos los hombres

En efecto, nos habla de lo que es válido y universal para todo ser humano, de lo que es decisivo para todo hombre y para la comunidad humana en cuanto tal, de lo que está en el fundamento del ser y del vivir del hombre y de la mujer: el amor y la verdad que se realiza en el amor. No es un mensaje exclusivo para los que profesamos la fe en Jesucristo. Afirma que la fe en Jesucristo abre un horizonte de verdadera humanidad y de posibilidad de humanización para todos los hombres, sin forzar a nadie, pero descubriéndole su fundamento y su sentido.

3. CLAVE ECUMÉNICA, LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Las enseñanzas de Benedicto XVI ponen de relieve que esta Encíclica tiene una verdadera dimensión ecuménica: “La Encíclica «Dios es amor» es la roca en que «se apoya toda la fe de la Iglesia y también la paciente búsqueda de la plena comunión entre todos los discípulos de Cristo. A la luz de esa certeza, que es el culmen de la revelación divina, las divisiones nos parecen superables y no nos desaniman, a pesar de su dolorosa gravedad. (...) El amor verdadero no anula las legítimas diferencias, sino que las armoniza en una unidad superior, que no viene impuesta desde el exterior sino que nace desde dentro. (...)”

“Ante vosotros, queridos hermanos, deseo renovar hoy el ofrecimiento a Dios de mi ministerio petrino, invocando sobre él la luz y la fuerza del Es-

píritu Santo para que favorezca siempre la fraterna comunión entre todos los cristianos. (...) La recomposición de nuestra unidad dará mayor eficacia a la evangelización. La unidad es nuestra misión común; es la condición necesaria para que la luz de Cristo se extienda con mayor eficacia por todos los rincones de la tierra y para que los hombres se conviertan y se salve. ¡Cuánto camino se extiende ante nosotros! Sin embargo, en vez de perder la confianza, juntos volvemos a ponernos en marcha con mayor tesón. Cristo nos precede y acompaña. Contamos con su presencia indefectible; imploremos de Él, humilde e incansablemente, el preciado don de la unidad y de la paz"¹⁰.

4. CLAVE INTEGRADORA: LA UNIDAD INTERNA DE LA ENCÍCLICA

El concepto de «unidad» desempeña un papel determinante en la estructura y en el contenido de la Encíclica. Veámoslo.

- La primera y la segunda parte de la Encíclica están relacionadas entre sí: “en mi primera encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí” (n.1).
- La adecuada integración de las diversas formas de amor: “en el fondo, el “amor” es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor” (n.8)
- La realidad inseparable del amor a Dios y al prójimo: “el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí” (n.14).
- La profunda compenetración vigente entre el orden de la creación y el de la salvación”: El Mismo Dios es el autor de la creación y de la salvación.
- La armonía entre la razón y la fe que deben complementarse puesto que “son las dos alas del espíritu humano”, la naturaleza y la gracia: “la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona”.

10 BENEDICTO XVI, “Homilía en el encuentro ecuménico”, el 25-I-2006, en *Ecclesia*, 11-II-2006. E. BUENO DE LA FUENTE: “La entraña ecuménica del Vaticano II”. Pastoral ecuménica, Mayo-Agosto 2006; n.68, 15-49. H. VALL VILARDELL, “Los retos del ecumenismo actual. El punto de vista católico”. Pastoral ecuménica, Mayo-Agosto 2006, n.68, 109-122.

5. CLAVE MESIÁNICA: “EL ESPÍRITU DEL SEÑOR SOBRE MÍ, PORQUE ME HA UNGIDO. ME HA ENVIADO A ANUNCIAR A LOS POBRES LA BUENA NOTICIA”

Estoy convencido de que para leer y entender de forma correcta y adecuada esta encíclica, así como para recibir sus frutos bienhechores, es necesario tener en cuenta también esta clave. Confesar que “Dios es Amor” y reavivar el mandamiento del amor a Dios y al prójimo nos lleva necesariamente a hablar de los pobres y necesitados, de los marginados y excluidos, de los oprimidos y empobrecidos, de los inmigrantes y refugiados, de los rechazados y dejados a su suerte. No podemos escondernos ni dar la espalda a los despojados, refugiados, excluidos. El Señor nos pide que no crucifiquemos a nadie y que bajemos de la cruz a los clavados en ellas. Decir esto nos lleva a pensar en el pecado del mundo en el que todos tenemos alguna responsabilidad. Jon Sobrino, ante los cambios de paradigmas que se producen en los últimos tiempos, dice: “el cristiano ve que hay algo que no ha cambiado: el pecado del mundo. El NT lo formula de diversas formas: servir no a Dios, sino al dinero, poner cargas intolerables (Jesús); oprimir la verdad, hybris (orgullo) ante Dios (Pablo); mentira y asesinato (Juan). El contenido fundamental no ha cambiado: la hybris de querer vencer a Dios, la opresión, la muerte del otro –ese otro que es privado de la vida en todas sus formas: niveles básicos de subsistencia, dignidad, identidad, cultura–. Hemos de ser honrados con lo real”¹¹.

El Papa, en fidelidad a las enseñanzas de Jesús (Lc 4,18-19; Mt 11,2-6; 25,31-46) y en coherencia con la teología, menciona explícitamente a los necesitados. En efecto, no se puede silenciar a estos hermanos nuestros nunca, y menos en una Carta Encíclica en la que se habla del amor. Recordemos estos dos textos:

- “Practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a la esencia de la Iglesia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio” (n.22).
- “Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc.” (n.31a).

Por otra parte, hemos de decir que el amor y la solicitud por los pobres y necesitados están presentes en la encíclica no sólo en unos textos, sino también en toda ella ya que siempre que se habla del amor al prójimo, hay que pensar

11 En *Id y Evangelizad*, 40 (2004), 20.

en los pobres que necesitan ser amados para salir de su pobreza y miseria (cf. nn.19; 20; 23; 26; 30; 31b; 36; 40...).

6. CLAVE ESPERANZADORA

Al final de la encíclica, Benedicto XVI, consciente de las dificultades y obstáculos que podemos encontrar en la realización de la justicia y del amor en el mundo, en la sociedad, en las familias, ofrece un mensaje de esperanza. Recordemos sus palabras: “No obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras (...) El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente el mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios” (n.39).

Sabemos que en no pocas situaciones y circunstancias de la vida, la esperanza está crucificada en tantos perseguidos. Con todo no hemos de dimitir, ni bajar los brazos, ni caer en la desesperanza, ante bien debemos seguir hacia delante en el servicio al Evangelio y a los hermanos, pues contamos con la fuerza del Espíritu que es el aliento del Resucitado para el camino del servicio apostólico, con la presencia de Cristo resucitado que se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos y con la oración de los hermanos que nos sostiene. Estamos llamados a generar esperanza y a darla a tantas personas que la han perdido¹².

7. CLAVE DIALÓGICA

En su encíclica, el Santo Padre dialoga con algunos representantes de la cultura y de la Religión, acogiendo sus interpelaciones y dando respuesta a las mismas, en un clima de escucha, de respeto, de verdad. Entre ellos, están Platón y Aristóteles, Virgilio y Salustio, Descartes, Marx y Nietzsche, y otros más son citados en la Encíclica.

Mons. Fernando Sebastián dice a este respecto: “la sencillez con la que escribe el Papa puede resultar engañosa. El texto es extraordinariamente profundo. Sin decirlo, el Papa está dialogando con todas las corrientes de pensamiento de la antigüedad hasta el siglo XX y XXI”¹³.

¹² A. TORRES QUEIRUGA, *Esperanza a pesar del mal. La resurrección como horizonte*, Santander, Sal Terrae, 2005.

¹³ MONS. F. SEBASTIÁN, “Carta pastoral: La Encíclica”, en <http://www.iglesianavarra.org/6506comenc.htm>, consultado el 14 de julio de 2006.

8. LA CLAVE DE LA VERDAD

El Santo Padre aborda los temas en su Carta Encíclica desde la óptica de la verdad, no desde el relativismo. El Cardenal Godfried Danneels responde a preguntas de la revista “Id y Evangelizad” en esta línea lo siguiente: “Es el problema planteado en la “Veritatis Splendor”. ¿Hay una verdad preexistente, es decir, una especie de edificación o de arquitectura creada por Dios en la cual nosotros entramos? ¿O es que simplemente construimos nuestra verdad? En otras palabras, ¿como supervisores o pastores de la verdad, o más bien somos propietarios de la misma y podemos alterarla? Con frecuencia se modifica la verdad de acuerdo a las circunstancias. Por ejemplo, esto sucede con el tema del aborto. Creo que está desapareciendo paulatinamente la concepción de la *verdad* como elemento trascendente y absolutamente inalterable”¹⁴.

No podemos silenciar la vinculación que tiene la palabra “amor” con la “verdad”. Somos conscientes de que en nuestro tiempo se silencia o se olvida con cierta frecuencia la verdad y es desvinculada del amor. De esta manera el amor se desmorona y se desvirtúa, y se llega incluso a emplear esta hermosa palabra –el amor– para designar cualquier cosa que nada o poco tiene que ver con el amor en su naturaleza auténtica. El amor es lo fundamental, pero el amor fundado en la verdad.

IV. LA PRIMERA PARTE DE LA ENCÍCLICA

Benedicto XVI establece una serie de núcleos teológicos en torno a los cuales gira este documento. Creemos que es necesario descubrirlos y explicitarlos para conocer mejor la entraña del mismo.

1. LA FENOMENOLOGÍA DEL AMOR HUMANO

1.1. Vocabulario

A lo largo de la historia del pensamiento humano, se han hecho varias clasificaciones de las diversas clases de amor. La lengua griega tiene tres términos para designar el amor: “ágape”, “philía”, “eros”; la lengua latina, por su parte, lo expresa así: “dilectio”, “amor”, y “caritas”. “El Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra “eros”, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea. Los escritos neotestamentarios prefieren la palabra “ágape” que en el lenguaje clásico estaba dejado de lado. El amor de amistad (philía) es aceptado

14 G. DANNEELS, “Realismo con esperanza”, en *Id y Evangelizad*, 40 (2004), 4-7.

y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos” (n.3).

En nuestra época, por ejemplo, C. S. Lewis escribe la obra: “The four loves” (el afecto, la amistad, el eros y la caridad). Mons. Manuel Ureña, por su parte, habla de “las cuatro formas más importantes de amor que conoce el hombre, tres de las cuales aparecen en la antigüedad clásica con nombres propios específicos. Estas cuatro formas de amor son: el amor de afecto (ágape) designa la relación fraterna, la estima, el cariño; el amor de utilidad (“amor utilitatis”) es el amor guiado por el propio interés; el amor de amistad (“philia” o “amicitia”) expresa la comunión entre las personas y procura el bien del amigo por el amigo mismo y el amor absoluto (“eros”) que se despliega por la vía del conocimiento metafísico o por medio del encuentro amoroso entre un hombre y una mujer”(ib.).

El Papa habla del “eros” (ímpetu amoroso entre el hombre y la mujer), del “ágape” (amor de donación al otro) y de “philia” (amor de amistad). Destaca asimismo que en el matrimonio el eros se transforma en ágape, es decir, en el amor por el otro; amor que ya no se busca a sí mismo, sino que se convierte en preocupación por el otro; en disponibilidad, entrega y sacrificio por él; en transmisión generosa y responsable del don de una vida humana así como en la acogida gozosa de esta vida humana. De esta manera se descubre la conciencia del amor oblativo, el amor verdadero, en el que necesariamente se unen dos elementos: la dimensión ascendente –que es la erótica– y la dimensión descendente, el descubrimiento del otro. .

1.2. El “eros” y el “ágape”

¿Tiene algo que ver el amor cristiano con el eros? ¿Cuál es la actitud del amor cristiano ante el eros? Son preguntas a las que hemos de dar una respuesta adecuada siguiendo de cerca la doctrina del Santo Padre.

En principio, el Santo Padre pone de manifiesto que no existe oposición entre el eros (amor de atracción, ascendente, de encuentro amoroso) y el ágape (amor descendente, de entrega, amor desinteresado), sino que existe una integración entre estas dos realidades humanas para alcanzar la felicidad verdadera del ser humano. Ahora bien, para que se produzca esta integración es necesario que el eros sea purificado, y disciplinado, siendo así curado y saneado en su raíz para que alcance su verdadera grandeza.

Diferencia: el “eros” designa “el amor humano ascendente –fascinación por la gran promesa de felicidad–, vehemente, posesivo” (n.7), que surge de la indigencia humana y que pretende alcanzar, mediante un proceso inmanente, el objeto metafísico que sea capaz de satisfacer el hambre de plenitud que anida

en el corazón humano. El amor cristiano es el amor descendente, oblativo; es el ágape.

Unidad: “en el debate filosófico y teológico, las distinciones entre el eros y el ágape se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí” (n.7). Si esto fuera verdad se seguiría que el “eros” es siempre pecado, y que el “ágape” anula, condena y sustituye al eros. Continúa el Santo Padre afirmando: “en realidad, eros y ágape nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general (...) El ágape se inserta en el eros” (n.7), liberando a éste de sus defectos y otorgándole la fuerza necesaria para que no se desvirtúe y pierda su verdadera naturaleza. “Cuando las dos dimensiones del amor –“eros” y “ágape”– se separan completamente una de otra se produce una caricatura o una forma mermada del amor” (n.8).

En definitiva, la Iglesia no intenta condenar el eros, sino presentar el amor de entrega, de donación y de gratuidad como enaltecedor del amor de atracción y como apertura al otro. No debemos olvidar que el ser humano está compuesto de cuerpo de cuerpo y alma en una íntima unidad.

1.3. Dificultades que plantean a los cristianos

* La interpretación de F. Nietzsche: “el Cristianismo habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio (...) La Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?” (n.3).

La respuesta que da el Papa es clara: “el Antiguo Testamento, en modo alguno rechazó el eros como tal, sino que declaró la guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos –el Papa los recuerda en este mismo número– lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza (...) El eros ebrio e indisciplinado no es elevación-éxtasis” hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende nuestro ser” (n.4). “El eros degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía” (n.5). Por eso el Papa afirma que “hace falta una purificación y maduración, que in-

cluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni “envenenarlo”, sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza” (n.5).

* Otros afirman que el Cristianismo “ha sido adversario de la corporeidad” (n.5)

Benedicto XVI responde: “la fe cristiana ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual el espíritu y la materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza” (n.5).

* No faltan algunos que se preguntan si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella” (n.7).

El Papa responde: “En realidad, eros y ágape nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general” (n.7). Por otra parte, prosigue el Santo Padre “el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar este amor, debe a su vez recibirlo como don” (n.7).

2. LA REVELACIÓN DEL AMOR EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Después de haber considerado Benedicto XVI la fenomenología del amor humano, aborda ahora la contemplación del amor en la Biblia. El concepto del amor que nos muestra la Sagrada Escritura procede de la nueva imagen de Dios y del hombre que ofrece la revelación bíblica.

2.1. La novedad de la fe bíblica

2.1.1. La nueva imagen de Dios

A) Algunas imágenes erróneas de Dios y respuesta a las mismas

El Santo Padre recuerda en primer lugar que algunos proponen unas imágenes de Dios que son falsas y que, por tanto, deben ser excluidas. Veámoslas.

- Un Dios indiferente y distante a nuestros problemas y sufrimientos.

Aunque el Papa no señale de forma explícita esta imagen falsa de Dios, se sobreentiende en el texto de su encíclica ya que sale al paso y rechaza esta concepción afirmando: “Dios ha amado tanto al mundo, nos ha amado tanto a nosotros, que nos ha entregado a su Hijo (cf. Jn 3,16) (1). Efectivamente, Dios es el Buen Pastor que sale a buscar a la oveja perdida, que acoge con miseri-

cordia al hijo pródigo, que hace salir el sol sobre buenos y malos, que siempre nos espera con los brazos abiertos. Dios no es enemigo del hombre, sino que es su amigo. Dios no es un Dios de muertos sino de vivos ya que no quiere la muerte del pecador sino que se arrepienta y viva. Dios es mucho más que un ser extraordinario y muy por encima del hombre que exige ser amado. El Dios cristiano es el único verdadero, es un Dios que nos quiere y nos ama; un Dios que es el “Emmanuel”, el Dios con nosotros. Más aún, un Dios que es Amor.

Jean Claude Barreau escribe a este respecto: “Dios, el Viernes Santo, no está del lado de la fuerza, del lado del dinero, del lado de la ley. Dios está del lado de las víctimas. Él se identifica con todos los torturados, con todos los insultados, con todos los rechazados. Él es víctima entre ladrones (...). Ya los profetas habían anunciado al Justo sufriente: «creció como un retoño delante de nosotros, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, como ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no lo tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas... Fue oprimido y Él se humilló y no abrió la boca» (53,2-7).

“Es necesario comprender que la sola justificación de Dios ante el sufrimiento del inocente es que Él mismo vive el sufrimiento del inocente: Dios es el torturado, el despreciado, el masacrado, el niño que muere. Jesús nos lo dice con palabras concretas: «Cada vez que habéis hecho alguna cosa al más pequeño de mis hermanos, es a Mí a quien lo habéis hecho» (Mt 25,31-46), y la cruz nos lo confirma”¹⁵.

– Un Dios relacionado “con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia” (n.1).

El Papa rechaza también esta imagen deformada de Dios. Benedicto XVI nos habla con claridad de Dios como “amor” (1 Jn 4,16), como “un amor cercano”, como Alguien “que nos ha amado primero” (1 Jn 4,10), como “un padre cercano, por supuesto nunca vengativo”. “La pasión de Dios por cada uno de nosotros se concreta en un amor personal y de predilección que da sentido a nuestra existencia” (n.9).

No nos hagamos imágenes de Dios en las que proyectemos nuestros anhelos y necesidades, en la que nos proyectemos nosotros mismos. Mons. M. Ureña escribe a este respecto: “¡Cuántas veces hemos tomado el Santo Nombre

15 J.-C. BARREAU, *Qui est Dieu?*, Paris, Ed. Du Senil, 1971, 61-63.

de Dios en vano! ¡Cuántas veces hemos proyectado sobre Dios nuestra propia imagen, convirtiendo a Dios en un superlativo de nuestro ser pecador y dando así de paso razón a L. Feuerbach, para quien Dios no es más que la hipóstasis del ser humano! ¡Cuánto hemos de trabajar por limpiar la verdadera imagen del ser de Dios de los antropomorfismos con que la humanidad ha venido revisitando aquélla para poder manipularla y atraerla al propio terreno! ¡Basta ya de poner en labios de Dios la voz del rencor y de la ira! Dejemos ser a Dios! ¡Recibamos el ser de Dios y el icono que de sí Él nos muestra, el icono del amor y de la misericordia, el único icono que hace justicia a su ser, pues lo ha esculpido Él mismo en nuestros corazones!"¹⁶.

B) *¿Quién es Dios?*

Dios es la primera palabra de la encíclica. El Papa nos dice que es necesario conocer a Dios, hablar de Él, nombrarlo, testimoniarlo, vivirlo, invocarlo. Mantengamos viva la memoria de Dios en el mundo en el que no pocos viven como si Dios no existiera y otros se empeñan en desterrar a Dios a los márgenes de la vida pública y de las instituciones mundiales, con el objetivo de "hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo"¹⁷. Recordemos también aquellas estremecedoras palabras de Juan Pablo II: "La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera" (*Ib.* n.9), situación que intenta exportar a otros países y lugares del mundo. "En estos tiempos, en los que los hombres encontramos tanta dificultad para creer en Dios y compaginar nuestra libertad con la adoración, es necesario y urgente hablar de Dios, pero hay que hacerlo con el lenguaje de Jesús, con el tono consolador, liberador y salvador que tiene en Jesús el anuncio del Reino de Dios. La encíclica constituye una verdadera presentación de la fe cristiana al hombre contemporáneo"¹⁸.

Para darnos cuenta de la importancia que da al misterio de Dios en su encíclica, es bueno recordar que el Papa, siendo Cardenal, intervino en el Sínodo Extraordinario sobre Europa en 1992 y afirmó: "La Iglesia habla hoy demasiado de sí misma, está demasiado centrada en sí misma, preocupada por su propia estructura, por lo que la confesión del Dios vivo que nos da la vida y el camino, no resplandece en ella"¹⁹. Olegario González de Cardenal nos sitúa en la buena pista para nuestra reflexión sobre este tema de tanta importancia: "Desde Platón y San Agustín hasta Kant y Newman, resuena irreprimible la pregunta: ¿Quién es Dios, quién es el hombre, qué relación va de Dios al hombre y del hombre a

16 MONS. M. UREÑA, "Charlas Cuaresmales, o. c.

17 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica: "La Iglesia en Europa", Madrid, San Pablo, n. 9.

18 MONS. F. SEBASTIÁN, o. c.

19 J. RATZINGER, *Ser cristiano en la era neo-pagana*, Madrid, Ed. Encuentro, 1995, 120.

Dios? El Absoluto ante el que siempre se sabe implantado el hombre, ¿es Poder o Misericordia, Exigencia o Gracia, Silencio o Palabra? Lo más grave que le puede ocurrir a un hombre es tener miedo a Dios, pensar que es su enemigo o el límite de su libertad, cuando en realidad Él es su fuente y su fundamento perennes. (...) La osadía del cristianismo al definir a Dios como amor determina también la comprensión del hombre y de su forma de vida. No se trata de una propuesta filosófica o de una reflexión moral sino de una experiencia hecha a la luz de la historia de un pueblo y de un hombre”²⁰.

La Sagrada Escritura manifiesta que Dios ama a Israel al que escogió por pura gracia, y lo ama personalmente: “Su amor es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad” (n.9). Este amor de Dios es gratuito, irrevocable, fiel y misericordioso. Es un amor que no se deja vencer ni por el mal ni por la ingratitud, ni por la rebeldía ni por las infidelidades del hombre. “El ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape” (n.9).

Los profetas Oseas y Ezequiel describen el amor de Dios a su pueblo Israel sirviéndose de imágenes eróticas audaces²¹.

* El profeta Oseas describe las relaciones de Dios con Israel en términos de amor y acogida, de ternura y bondad, de misericordia y de perdón...Dios es como el amante que promete la felicidad a su novia:

“Ahora la voy a seducir: la llevaré al desierto y le hablaré al corazón (...) Y ella responderá como en los días de su juventud, como en los días en que subió de Egipto (...) Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y equidad, en amor y compasión; te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvé” (Os 2,16-17.21-22). El Papa comenta este texto así “Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del *agapé* en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. El pecado de Israel es concebido como un «adulterio», pues ha roto la Alianza, la unión con Dios. Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero no lo desprecia ni lo repudia, sino que lo perdona. Precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre” (n.10).

“¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?...Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no

20 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Una encíclica: ¿Trivialidad o Genialidad?”, en *ABC* (13-II-2006). Id. *Dios*; Salamanca, Sígueme, 2004.

21 J. J. FERNÁNDEZ SANGRADOR, “Los trece atributos (middôt) de Dios. Un comentario a Ex. 34,6-7”, en “*Coram Deo*”. *Memorial Juan Luis Ruiz de la Peña*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1977, 67-83.

volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti» (Os.11,8-9)" (n.10). El Papa comenta este texto diciendo: "el amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor" (n.10).

El profeta Ezequiel muestra el amor que Dios tiene a Israel por medio de expresiones e imágenes tomadas del enamoramiento, del noviazgo, de los esponsales..."Por tu origen y por tu nacimiento eres del país de los cananeos; tu padre era amorreo y tu madre, hitita. El día de tu nacimiento (...) nadie se fijó en ti (...) Pasé yo entonces junto a ti y, viéndote patalear en tu sangre, te dije: "¡vive y crece!" (...) Creciste, te desarrollaste (...) Pasé yo entonces junto a ti y te vi. Era tu tiempo el tiempo de los amores. Tendí entonces sobre ti el borde mi manto y cubrí tu desnudez. Te hice juramento, contraí una alianza contigo (...) y fuiste mía.(...) pero te prostituiste (...) Pero recordaré mi alianza, la que hice contigo en los días de mi juventud, y estableceré a favor tuyo una alianza eterna (...) Estableceré yo mismo alianza contigo, y sabrás que yo soy Yahvé (16,3-9.15-16.30-31.38.60.62).

* El Segundo Isaías manifiesta que Dios es el esposo que perdona a la esposa su infidelidad. Recordemos sus palabras: "Porque tu esposo es tu Hacedor, Yahvéh Sebaot es su nombre; y el que rescata, el Santo de Israel, Dios de toda la tierra se llama. Porque como a mujer abandonada y de contristado espíritu, te llamó Yahvéh; y la mujer de la juventud ¿es repudiada? –dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor eterno te he compadecido –dice Yahvéh tu Redentor" (Is 54,5-8). Dios es alguien que nos ama y nos ama con tanta intensidad que es capaz de perdonarnos una y mil veces, siempre. El amor que Dios tiene a Israel es un amor que busca ser amado por el hombre: "¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho Yo? ¿Qué podía hacer por mi pueblo que no lo haya hecho?" (Is 5,4). Dios ama al hombre con un amor gratuito y misericordioso haciendo así posible la comunión respetuosa.

* El Cantar de los Cantares, sirviéndose del lenguaje esponsal y amoroso, expone las relaciones de Dios con Israel. Israel se reconoce como pueblo elegido y se siente amado y querido por Dios. "El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en un icono de la relación de Dios con su pueblo, y a la inversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano" (n.11).El amor de Dios puede ser acogido o rechazado, pero Dios no se vuelve atrás: "el amor es fuerte como la muerte; su celo es obstinado

como el sheol; saetas de fuego, sus saetas, una llama de Yahvéh. Grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos anegararlo” (Ct 8,6-7).

2.1.2. La imagen del hombre

“La primera novedad de la fe bíblica, como hemos visto, consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada esencialmente con ella, la encontramos en la imagen del hombre” (n.11). Veámoslo.

“La narración bíblica de la creación habla de la soledad del primer hombre, Adán, al cual Dios quiere darle una ayuda. Ninguna de las otras criaturas puede ser esa ayuda que el hombre necesita (...). Entonces Dios, de una costilla del hombre, forma a la mujer y se la presenta al hombre. Ahora Adán encuentra la ayuda que precisa: “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gn 2,23) (...) En la narración bíblica (...) aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse “completo”. Así, pues, el pasaje bíblico concluye con una profecía sobre Adán: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (Gn 2,24) (n.11), como una sola persona.

El Santo Padre indica que en este relato yahvista hay dos aspectos importantes:

Uno: “el eros está como enraizado en la naturaleza misma del hombre, varón y mujer. Adán se pone a buscar y “abandona a su padre y a su madre” para unirse a su mujer; sólo ambos conjuntamente representan a la humanidad completa, se convierten en una sola carne” (n.11).

Dos: “en una perspectiva fundada en la creación, el “eros” orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano” (n.11).

Sigamos desentrañando la naturaleza del hombre:

El hombre y la mujer han sido creados por Dios a su imagen y semejanza y Dios es amor. Por eso, el hombre y la mujer son cada uno un misterio de amor. El ser humano lleva inscrito y grabado el sello del amor de Dios en sí mismo. El Santo Padre posteriormente insiste en esto mismo: “desde la Ilustración, al menos una parte de la ciencia se dedica con empeño a buscar una explicación

del mundo en la que Dios sería superfluo. Y si eso fuera así, Dios sería inútil también para nuestra vida. Pero cada vez que parecía que este intento había tenido éxito, inevitablemente resultaba evidente que las cuentas no cuadran (...) Sin Dios no cuadran. En resumidas cuentas, quedan dos alternativas: ¿Qué hay en el origen? La Razón creadora, el Espíritu creador que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado de modo matemático, así como el hombre y su razón. Esta, sin embargo, no sería más que un resultado casual de la evolución y, por tanto, en el fondo, también algo irracional (...) Los cristianos creemos que en el origen está el Verbo eterno, la Razón y no la Irracionalidad. Con esta fe no tenemos necesidad de escondernos. No debemos tener miedo de encontrarnos con ella en un callejón sin salida. Nos alegra poder conocer a Dios. Y tratamos de hacer ver también a los demás la racionalidad de la fe (...) Creemos en el Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora, del que proviene todo y del que provenimos también nosotros". Ahora bien continúa el Santo Padre: "Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor. Tiene un rostro. Dios no nos deja andar a tientas en la oscuridad. Se ha manifestado como hombre. (...) Dios ha asumido un rostro humano. Es tan grande que se puede permitir hacerse muy pequeño. Dios ha asumido un rostro humano (cf. Jn 14,9)²².

El hombre "está compuesto de alma y cuerpo". "Si el hombre fuera solamente espíritu y rechazara la carne, el espíritu y el cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudiara el espíritu, y considerara la materia como la única realidad, se malograría también su dignidad excelsa" (n.5).

El hombre es uno: "la fe cristiana ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza" (n.5)²³.

El hombre, "creado por Dios en la justicia, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios" (GS 13). Pero Dios no abandonó al hombre en el abismo del pecado, de la muerte y de la condenación eterna, sino que salió en su busca tendiéndole la mano para que lo encuentre quien lo busca....Y tanto nos amó que cuando se cumplió la plenitud de los tiempos, nos envió a su Hijo para que realizara su proyecto y designio de salvación. En la vida y en la muerte somos ya del Señor. Les invito a leer unos textos

22 Homilía en la Santa Misa en la explanada de Isling - Ratisbona (Alemania); 12-IX-2006 en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060912_regensburg_sp.html. Consultado el 10 de octubre de 2006.

23 J. L. RUIZ DE LA PEÑA, "Jesucristo y la comprensión del hombre" en AA.VV., *Salvador del mundo*,. Salamanca, Secretariado Trinitario, 1997, 133-147; K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Herder, 1979.

de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia “Gaudium et Spes”, nn 10 y 22, del Concilio Vaticano II²⁴.

2.1.3. En torno a la identidad del cristiano

La encíclica de Benedicto XVI nos permite redescubrir la identidad del cristiano en esta época en que tantas dudas se propagan sobre la naturaleza del “ser cristiano”: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n.1). Es verdad que el Cristianismo contiene una doctrina dogmática y moral, una concepción de la naturaleza, de la vida y del destino del hombre, así como un mensaje de esperanza para la humanidad entera. Pero el Cristianismo es ante todo y sobre todo una Persona, Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre para salvarnos: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que condene al mundo sino para que el mundo sea salvo por Él” (Jn 3,16-17).

En esta línea escribe Mons. Atilano: “Conocer el amor que Dios nos tiene y creer en Él será siempre la opción fundamental del cristiano, puesto que no somos seguidores de una idea o simples defensores de unos comportamientos éticos, sino de una persona, Jesucristo, que nos busca, nos llama y envía para vivir como hijos amados del Padre. Este encuentro con Jesucristo abre nuevos horizontes a nuestra vida y nos ofrece la posibilidad de orientar toda la existencia con una orientación decisiva. El cristiano es aquel que, al descubrir el amor de Dios como un regalo inmerecido, abre su mente y su corazón para acogerlo y vive su existencia como respuesta al don del amor que cada día viene a su encuentro en la persona de Jesucristo”²⁵.

Desde estas claves, podemos entrar en diálogo con E. Kant que intentó reducir el Cristianismo a moral o, en todo caso, hacerlo pasar por la aduana de la moralidad para convalidar su propuesta y otorgarle derecho de ciudadanía en la sociedad: “no es esencial y por tanto no es necesario saber lo que Dios ha hecho por el hombre sino saber lo que tiene que hacer él mismo para hacerse digno de la asistencia divina” (E. Kant). La respuesta que da la Encíclica a esta interpretación se coloca en otro nivel ya que Dios nos ha amado primero y nosotros tenemos que transmitir ese amor. “Soy amado, luego existo” (San Agustín). “El amor de Dios nada presupone en las cosas que no haya sido creado por Dios”

24 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1997; cf. sobre todo, pp. 103-342.

25 Carta Pastoral; Boletín Oficial del Obispado de Ciudad Rodrigo, 4-II-2006.

(Sto. Tomás de Aquino). El amor nos precede, es anterior a todo. Kant se coloca en las antípodas del cristianismo (O. G. de Cardedal).

Teniendo en cuenta estas enseñanzas y sabiendo que en nuestro tiempo se está oscureciendo o perdiendo la identidad del "ser cristiano", nos ha parecido necesario recordar los rasgos esenciales que constituyen la identidad del cristiano:

- Cree en Dios (n.1). El cristiano sabe que Dios, del que él se reconoce como hijo en el Hijo, es el Dios que ama a todos los hombres. Ser cristiano significa reconocer a Dios como origen fundante, centro de la realidad y de nuestra vida personal y regazo final del ser humano. La adoración a Dios lleva al hombre a ser realmente libre, enteramente persona. De esta adoración nace la verdadera igualdad entre los hombres y la auténtica fraternidad universal.
- Confiesa que Jesús de Nazaret es el Mesías, el Señor, el Hijo de Dios y, en este sentido, Dios mismo (n.13). El cristiano se sabe discípulo de Jesucristo en quien Dios se revela como Padre de una forma nueva.
- Tiene como estilo de vida el seguimiento de Jesús (n.13) por los caminos del Reino que son las bienaventuranzas. El modelo referencial para el cristiano es Jesucristo, "camino, verdad y vida" (Jn 14,6).
- Vive en comunión eclesial (n.25). Por el bautismo fue hecho miembro de la Iglesia, por eso no debe vivir al margen de la vida y misión de la Iglesia. En la Iglesia, el cristiano vive su identidad, participa en la Eucaristía, recibe los sacramentos.
- Se compromete en la renovación y transformación del mundo (n.28). Escucha el clamor de Dios en el grito de los pobres (n.20).
- Vive en esperanza "a la que ha sido engendrado" (1 P. 1,4) alimentada en la oración y en los sacramentos (nn. 18 y 39) de la Vida Eterna. En efecto un cristiano se caracteriza por ser alguien que espera. Esta esperanza la tenemos en Cristo-Jesús pues la fe cristiana nos dice que en Jesucristo se esclarece el enigma de los orígenes (protología) (cf. Ef 1,1-6) y el término final de la historia (escatología) (cf. Rm 8,18-22).

2.2. *Jesucristo, el amor de Dios encarnado*

"La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito" (n.12).

2.2.1. La encarnación del Verbo, el acontecimiento de los siglos

"El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros" (Jn 1,14; cf. Ga 4,4). El Hijo de Dios se ha hecho hombre en el seno virginal de María por obra del Es-

píritu Santo. “Se ha hecho semejante en todo a nosotros” (cf. Hb 2,17), excepto en el pecado” (Hb 4,15). Ha puesto su tienda en nuestra orilla y nos ha hablado en nuestro dialecto. “Con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22) y “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22). La Encarnación del Verbo es el “sí” elocuente y definitivo de Dios al hombre, que asume toda la potencialidad de lo humano para llevarlo a su cumplimiento total: “El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios”. Cristo no ha entrado en la historia ni se ha hecho hombre para amputar ninguna dimensión de lo humano, sino para llevarlas a su plenitud, asumiéndolas, purificándolas, renovándolas, elevándolas ya que “la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona”²⁶.

2.2.2. Dios se revela en Jesús de Nazaret

Si queremos conocer el misterio de Dios debemos acercarnos a Jesús “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado” (Jn 1,18). “El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). San Juan de la Cruz tiene unas palabras admirables que queremos recordar aquí: “En darnos como nos dio a su Hijo, que es una palabra suya –que no tiene otra–, todo nos lo habló junto y de una sola vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar” (Subida al Monte Carmelo II,22,3). En virtud de la Encarnación, Jesús de Nazaret es el rostro humano y visible de Dios y nos lo revela. El propio Benedicto XVI manifiesta posteriormente que “sabemos quién es Dios por medio de Jesucristo, por medio del único que es Dios. Por medio de Él entramos en contacto con Dios”²⁷.

El Santo Padre comenta estos textos bíblicos así: “Nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), y este amor de Dios se ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues “Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn.4,9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14,9)” (n.17). K. Rahner escribe a este respecto: “Cristo es la presencia real en la historia del triunfo escatológico de la misericordia de Dios (...) En la encarnación abrazó Dios al mundo radical y definitivamente en su misericordia.

26 CONG. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, “El Misterio del Hijo de Dios” (21-II-1972); ID., “Declaración “Dominus Iesus”, 6-VIII-2000). COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, “La Conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión” (Octubre – 1985).

27 Homilía en la celebración ecuménica de las Vísperas. Ratisbona. 12-IX-2006; en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060912_vespri-regensburg_sp.html. Consultado el 10 de octubre de 2006.

Con la encarnación queda ya toda la redención formalmente predefinida, si bien todavía debe llevarse a cabo mediante el sufrimiento de la muerte (...)”²⁸.

2.2.3. Jesús de Nazaret, manifestación visible e histórica del amor de Dios

En Jesús de Nazaret se han revelado y hecho visibles el amor y la ternura de Dios que culminan en su muerte redentora en la cruz en la que “nos amó hasta el extremo” (Jn 13,1) con un amor desmedido, sin medida. Es verdad que Dios en el Antiguo Testamento actuó a favor de Israel y del hombre con una misericordia entrañable, cercana, solícita; ahora, cuando se ha cumplido el tiempo (cf. Ga 4,4), “el actuar de Dios en el AT adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada” (n.12). El propio Benedicto XVI dice con posterioridad: “En Jesucristo esa actitud amorosa y perdonadora de Dios en el Antiguo Testamento alcanza su forma extrema, inaudita y dramática, pues en Él Dios se hace uno de nosotros, nuestro hermano, e incluso sacrifica su vida por nosotros”²⁹.

2.2.4. ¿Dónde y cómo se manifiesta el amor de Dios en Jesús?

A) *En la acogida que ofrece a los pecadores*

La cercanía y el amor de Jesús a los pecadores provocó extrañeza, críticas, protestas de quienes se creían justos hasta el punto de que se escandalizaban y decían: “¿por qué vuestro maestro come con los publicanos y los pecadores?” (Mt 9,11). “¿Cómo tú das a estos últimos igual que a nosotros...?” (Mt 20,12). “Y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado” (Lc 15, 30). Ante las críticas y acusaciones que los fariseos le hacen, Jesús responde a estas contándoles la parábola del Hijo pródigo” (cf. Lc 15,11-32).

B) *En sus encuentros con las personas*

“Dame de beber”, dice Jesús a la samaritana (Jn 4, 7); “ven y sígueme” (Mc 10,21), dice al joven rico; “invítame a tu mesa” (Lc 19,5), dice a Zaqueo, y a otros muchos. “Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras

28 K. RAHNER, *La Iglesia y los sacramentos*, Barcelona, Herder, 1964, 14-15. Cf. E. H. SCHILLEBECKX, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián, Dinor, 1965, 22-29. K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Herder, 1979; D. BOROBIO, *La celebración en la Iglesia, I*, Salamanca, Sígueme, 1987, 377-380; T. SCHNEIDER, *Signos de la cercanía de Dios*, Salamanca, Sígueme, 1982; 30-38.

29 Discurso a la IV Asamblea Eclesial Nacional de Italia; Verona, 19-X-2006, en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/october/documents/hf_ben-xvi_spe_20061019_convengo-verona_sp.html. Consultado el 5 de noviembre de 2006.

la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar” (n.12).

C) *En su muerte en la cruz*

Benedicto XVI, en su encíclica, reflexiona sobre la cruz de Cristo desde la perspectiva del amor: “en su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical” (n.12). El mismo Papa, siendo Cardenal, dice en otro lugar: “El Crucificado es el icono de Dios porque es la aparición del amor, y por eso la cruz es su glorificación”³⁰. Vemos, pues, que en el misterio de la muerte de Cristo en la cruz, Dios nos muestra su amor inmenso. Mons. Elías Yanes escribe en esta línea: “En la muerte de Cristo, Dios Padre nos ofrece su perdón. Nosotros pecadores no tenemos el poder ni la capacidad de recuperar nuestra amistad con Dios (...) Para salir de nuestro pecado es absolutamente necesaria la iniciativa de Dios, su misericordia y su poder santificador; es preciso que Dios quiera perdonarnos y llamarnos de nuevo a la amistad con Él. Su amistad es un don gratuito. Él no puede concedérmolo si nosotros no renunciamos a nuestros pecados, es decir, a nuestra enemistad contra Él. Pero esta renuncia a nuestras culpas sólo es posible con la fuerza del Espíritu Santo”³¹.

La cruz, instrumento de suplicio y de ignominia, se ha convertido en signo de amor, de salvación, de vida y de gloria.. En la cruz, el Padre nos ama con un amor que nos sobrecoge y sobrepasa ya que nos entrega a su Hijo que nos ama hasta el extremo de entregarse por todos. La riqueza del amor de Dios manifiesta todo su esplendor con el “sufrimiento de Dios”³² en la humanidad del Hijo. “Este gran Dios nuestro, humillado y crucificado”³³ es más amigo del hombre que el hombre mismo. El propio Benedicto XVI dijo en una parroquia de Roma, recordando su encíclica “Deus caritas est”: “La cruz –la entrega que hace de sí mismo el Hijo de Dios– es, en definitiva, el signo por excelencia que se nos ha dado para comprender la verdad del hombre y la verdad de Dios: todos hemos sido creados y redimidos por un Dios que por amor entregó a su Hijo único”³⁴. La ofrenda de Jesucristo en la Cruz y en la Eucaristía es un acto de amor que no

30 *Un canto nuevo para el Señor*, Salamanca, Sígueme, 1999, 35.

31 “Pregón de Semana Santa en Alcañiz 2006”, en *Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza*, año CXL, abril 2006, n.4, 279.

32 JUAN PABLO II, Enc. “Dominum et vivificantem”, Madrid, PPC, 1986, 39.

33 S. JUAN DE LA CRUZ, “Carta a la M. Ana de Jesús”, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 1982, 898.

34 “Homilía en la Parroquia de “Dios, Padre Misericordioso”, Roma, 26-III-2006. http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060326_parruchia-roma_sp.html. Consultado el 15 de octubre de 2006.

cesará jamás ya que Jesucristo continúa amándonos con el mismo amor con que nos amo en la cruz: "Cristo está vivo para interceder por nosotros" (Hb 7,25; cf. Hb 5,7-10).

En la cruz, podemos contemplar y, en cierto modo, comprender lo que significa "Dios es amor" (1 Jn 4,18). Y "a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar" (n.12). Contemplar a Jesucristo crucificado no es algo puramente externo, pasajero. No podemos mirar al Crucificado con la mirada de un espectador, ni con la de un transeúnte sino con la mirada creyente y amorosa ya que ésta es la única que nos capacita para asumir y compartir sus sufrimientos y ponernos enteramente en las manos de Dios.

Acerquémonos ahora a San Juan. Leamos sin prisas y meditemos con hondura sus escritos; descubriremos sorprendidos gratamente que en la encarnación, vida, pasión y muerte de Jesús se revela el amor con que Dios nos ama y además se manifiesta el mismo ser de Dios: "Dios es amor":

"Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4,8-10).

"Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (...) Nosotros amemos, porque Él nos amó primero" (1 Jn 4,16.19).

Terminemos este apartado con unas nuevas palabras del Santo Padre: "Dios ha asumido un rostro humano. Nos ama hasta el punto de dejarse clavar por nosotros en la cruz, para llevar los sufrimientos de la humanidad hasta el corazón de Dios. Hoy, que conocemos las patologías y las enfermedades mortales de la religión y de la razón, las destrucciones de la imagen de Dios a causa del odio y del fanatismo, es importante decir con claridad en qué Dios creemos y profesar con convicción este rostro humano de Dios. Sólo esto nos impide tener miedo a Dios, un sentimiento que en definitiva es la raíz del ateísmo moderno. Sólo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Sólo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido"³⁵. "La cruz es el "sí" extremo de Dios al hombre, la expresión suprema de su amor y el manantial de la vida plena y perfecta, Por

35 "Homilía en la Santa Misa, en la explanada de Isling – Ratisbona, 12-IX-2006", *o. c.*

consiguiente, contiene la invitación más convincente a seguir a Cristo por la senda de la entrega de sí mismo”³⁶.

2.2.5. En su resurrección

El amor de Dios también se muestra y se revela en la resurrección de Jesús. Es verdad que en la encíclica no aparece de forma explícita este apartado, con todo nos parece que es bueno insertarlo aquí, aunque de forma breve. En efecto, la resurrección de Jesús es el signo del amor del Padre a su Hijo. Dios no abandonó a su Hijo Amado al poder de la muerte, sino que lo resucitó, lo glorificó y “le dio el Nombre sobre todo nombre” (Flp 2,9ss.)³⁷.

2.3. *Adentrémonos en el misterio de la Eucaristía*

2.3.1. La entrega de Cristo perpetuada en la Eucaristía

Prosigamos nuestra reflexión. El amor de Dios que se ha hecho visible en las curaciones de los enfermos, en el perdón a los pecados y en la entrega de Jesús hasta morir crucificado en la cruz por la humanidad, permanece presente en el mundo en la celebración sacramental de la Eucaristía. “Jesús ha perpetuado este acto de entrega –su muerte en la cruz– mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena” (n.13). Antes de ser entregado a la muerte, Jesús, como prueba y signo de su inmenso amor a los hombres, instituyó la Eucaristía, sacramento de amor. En efecto, “Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná” (cf. Jn 6,31-33). (n.13). Profundas palabras de Benedicto XVI que expresan la fe de la Iglesia Católica y que nosotros, cristianos del s. XXI, nos gloriamos de profesar por gracia de Dios y transmitir a las generaciones emergentes por la misericordia de Dios.

San Pablo recuerda a los cristianos de Corinto que “el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío”. Asimismo también el cáliz después de cenar diciendo: “Este cáliz es la Nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebieres, hacedlo en recuerdo mío” (1 Co 11,23-25). La salvación redentora de Jesucristo se actualiza sacramentalmente en la Eucaristía, por lo que es portadora de gracia en la historia humana para el ser humano. Ahora podemos darnos cuenta y entender que en la Iglesia primitiva se utiliza la misma palabra “ágape” (= amor) para designar el amor de Dios y la

36 BENEDICTO XVI, “Discurso a la IV Asamblea”, *o. c.*

37 F. GIULIO BRAMBILLA, *El Crucificado Resucitado*, Salamanca, Sígueme, 2003.

Eucaristía. En efecto, en la Eucaristía el amor de Dios (ágape) nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros³⁸.

2.3.2. Nuestra participación en la Eucaristía y sus frutos

El Padre, movido por su amor, nos invita a participar en el Banquete Eucarístico, en el que somos envueltos por el amor, la ternura y la misericordia de Dios. No pongamos excusas para no aceptar su invitación (Mt 22,5-6), ni nos neguemos a entrar en el banquete preparado, como el hijo mayor de la parábola (cf. Lc 15,28-30).

Más aún, en el banquete eucarístico, somos implicados en la entrega de Jesús a nosotros. ¡Qué bien lo expresa el Santo Padre! "La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega" (n.13).

Finalmente, tomemos conciencia de que al participar dignamente en la Eucaristía, los bautizados participamos del dinamismo del amor que aquella encierra. En efecto, en la Eucaristía, "la imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes, en el Viejo Testamento, era estar frente a Dios, se transforma ahora, en el Nuevo Testamento, en unión con Él por la participación en la entrega de Jesús, incruentamente hecha acto en el Santísimo Sacramento del Altar" (n.13).

2.3.3. La Eucaristía, el alimento de los peregrinos

La Eucaristía es el alimento de los que peregrinamos por este mundo hacia la Casa del Padre. Los que están cansados y agobiados, los que tienen hambre y sed de salvación encontrarán en la Comunión eucarística ayuda y fortaleza (cf. Mt 5,6; 11,28). Los necesitados de salud y consuelo, de justicia, libertad y esperanza, de misericordia y perdón, encontraremos en la Eucaristía ayuda, alivio, vida.

2.3.4. La Eucaristía, manantial inagotable de la comunión de la Iglesia

Benedicto XVI nos recuerda que la Eucaristía es también fuente de la comunión de la Iglesia: "En la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: "El pan es uno, y así nosotros, aunque

38 J. BETZ: "Síntesis teológica del Misterio Eucarístico", en *Sacramentum Mundi*, 2, Barcelona, Herder, 1972, cols. 951-972. M. GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983; O. GONZÁLEZ DE CARDENAL, "La entraña...", o. c.; G. L. MÜLLER, "La celebración sacramental de la koinonía humano-divina" en *Dogmática*, Barcelona, Herder, 1998, 695-726; J. AL-DAZABAL, *La Eucaristía*, Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica, 1999; D. BOROBIO, *La Eucaristía*, Madrid, BAC, 2000.

somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan”, dice San Pablo (1 Co 10,17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia Sí” (n.14). La comunión eucarística comporta y exige darse al otro y acogerlo como el hermano que nos es dado por Dios y que nos enriquece. La fraternidad no se realiza si cada uno se encierra en sí mismo y en sus intereses.

2.3.5. La Eucaristía, fuente permanente de la misión de la Iglesia

La fuente de la misión de la Iglesia no es de orden sociológico, sino teológico ya que encuentra en la Eucaristía su fuente y su culmen (LG 11). Y más allá de la Eucaristía afirmamos que ese manantial de la misión de la Iglesia es Dios que es Amor:

“Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos (...); y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana” (n.19). Desentrañemos la misión de la Iglesia:

A) La acción evangelizadora

La Eucaristía, cima y plenitud de la iniciación cristiana, es también el manantial de la misión de la Iglesia. Los que participan en la Eucaristía y han reconocido la presencia del Señor, han de escuchar continuamente el mandato misionero de Jesús como dirigido a cada uno: “Id al mundo entero y haced discípulos míos a todas las gentes” (Mt 28,19). Se trata del primer anuncio cuya finalidad es suscitar la fe, la conversión y la adhesión a Jesucristo y a su Evangelio. Al terminar la celebración de la Eucaristía, el Sacerdote nos dice: “id, la Misa ha terminado”. Estas palabras indican con claridad que los que hemos participado en la Eucaristía tenemos que ser testigos ante los demás del Misterio que hemos celebrado y vivido en la Santa Misa. Todo cristiano es un enviado, un misionero³⁹.

39 MONS. F. SEBASTIÁN, “La transmisión de la fe en la España actual”, en AA. VV., *Antropología y fe cristiana. IV Jornadas de Teología*, Santiago de Compostela, Instituto Teológico compostelano, 2003; 332-352.

B) La acción catequética

Desde la Eucaristía surge también la “acción catequética” orientada toda ella a educar la fe. Cuidemos con atención la educación cristiana de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes. La catequesis se configurará como catequesis al servicio de la Iniciación cristiana procurando una enseñanza y un aprendizaje convenientemente prolongado, de toda la vida cristiana (cf. AG 14). La catequesis deberá estar vinculada a la participación sacramental en la vida de la Iglesia y al servicio de la caridad, y ha de ayudar a los cristianos a fortalecer su identidad. Invitemos a los padres a que sean ellos mismos los que participen en la “catequesis familiar” ya que “la familia cristiana ha de cumplir su misión insustituible en el despertar a la fe y en su transmisión a las nuevas generaciones”. Esto exige de los Pastores clarividencia, paciencia y perseverancia. No nos desanimemos ante las dificultades que encontremos en el camino del servicio catequético. Pongamos de nuestra parte todo lo que podamos, y confiemos siempre en la acción discreta pero real y fecunda del Espíritu, protagonista de la nueva evangelización⁴⁰.

C) La “missio ad gentes”

La misión “ad gentes” (cf. RMI. n.34). Aunque no exista un párrafo en la encíclica en el que el Papa hable expresamente de la “misión ad gentes”, sí hay expresiones del Papa que nos hablan de la Eucaristía como manantial de esta misión: “La fuerza del Cristianismo se extiende más allá de las fronteras de la fe cristiana” (n.31). La expresión “más allá” no es sólo ni principalmente de ámbito geográfico, sino también cultural y sociológico⁴¹. Otra afirmación misionera de la encíclica es la siguiente: “El Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia” (n.19).

Benedicto XVI discierne el contenido de la misión de la Iglesia: “la misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no brota de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a mera actividad filantrópica y social. En efecto, el amor que Dios tiene por cada persona constituye el centro de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y los que lo acogen se convierten a su vez en testigos. El amor de Dios que da vida al mundo es el amor que nos

40 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan pastoral de la CEE, 2006-2010* (27-31 de marzo de 2006), Madrid, Edice, 2006, n 14.

41 J. ESQUERDA BIFET, *Deus caritas est. Comentarios y texto de la Encíclica de Benedicto XVI*, Valencia, Edicep, 2006.

ha sido dado en Jesús, Palabra de salvación, imagen perfecta de la misericordia del Padre celestial”⁴².

2.3.6. La Eucaristía y el servicio a los pobres

“Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en si misma” (n.14). Esta afirmación del Santo Padre es interpelante porque nos invita a asumir una espiritualidad encarnada, humanizadora, fundamento de una fraternidad universal y de un compartir con los empobrecidos de la tierra. La celebración de la Eucaristía renueva a la Iglesia y la empuja a amar de forma solícita a los más pobres y a ponerse en camino para invitar a los marginados y excluidos, a los empobrecidos y necesitados, al banquete del Reino de Dios, la Eucaristía.

No se puede celebrar la Eucaristía y dar la espalda a los pobres y a los excluidos, a los inmigrantes y a los ancianos abandonados. Comulgar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es entregarse en gratuidad con Él y como Él a los demás, amar hasta el extremo como amó Él. “Celebrar la Penitencia y partir el Pan de la vida conduce a hacer realidad el servicio a los pobres y el testimonio de la caridad fraterna, la promoción y la defensa de la vida humana, el cuidado de los enfermos y de los ancianos, la acogida de los marginados y de los inmigrantes; la cercanía hacia las víctimas de la violencia”⁴³.

A la luz de la doctrina que estamos exponiendo sacamos una conclusión: hemos de pasar de la mesa de la Eucaristía a poner nuestra mesa entre los pobres en torno a la cual puedan sentarse para compartir los bienes que Dios ha creado para todos. Nos corresponde a nosotros hacer realidad con la ayuda de la gracia divina esta utopía del Reino de Dios. No nos mostremos indiferentes y apáticos ante esta llamada urgente que nos hace la Eucaristía. Hemos de estar con Cristo en los lugares donde están los seres humanos que llevan en sí mismos las marcas del dolor y del sufrimiento, de la opresión y de la exclusión, para denunciar las injusticias y para ayudarles en su liberación integral. Pablo VI enseñó con claridad que la evangelización y la promoción humana son distintas, pero “están unidas y vinculadas por el lazo de la caridad” (EN. n.52). Para clarificar bien este punto doctrinal nos parece bueno y conveniente insertar aquí unas palabras de la Conferencia Episcopal Española: “En nuestro mundo globalizado la Eucaristía revela a los hombres de todos los pueblos los rasgos

42 “Mensaje para la Jornada Misionera Mundial”; 2006.

43 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino”, Instrucción pastoral (4-III-1999), Madrid, Edice, 1999, n. 69.

del verdadero progreso social: la comunión, la solidaridad, la libertad, el respeto por las personas, la esperanza y la confianza en Dios"⁴⁴.

2.4. El doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo

"Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo" (n.16). El Santo Padre aborda este tema planteándose dos objeciones o dificultades que se suelen hacer "contra el doble mandamiento del amor" (n.16) a Dios y al prójimo.

2.4.1. "¿Es realmente posible amar a Dios aunque no le vea? (...) Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo?" (n.16)

Respuesta a la primera objeción. Sí, podemos amar a Dios

Es verdad que no podemos ver a Dios en su misterio inefable, en sí mismo, mientras dure nuestra peregrinación por este mundo. "Ahora vemos como por un espejo, como entre nieblas. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera incompleta. Sólo entonces conoceré del todo, tal como ahora soy conocido" (1Co 13,13). Sólo en el cielo podremos gozar de la visión beatífica de Dios. Ahora bien, el que no tengamos un conocimiento intuitivo y directo de Dios no significa que no conozcamos a Dios de ninguna forma: "Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero (1 Jn 4,10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues "Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1Jn 4,9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre" (cf. 14,9) (n.17).

A continuación, el Santo Padre afirma que "de hecho, Dios se ha hecho visible de muchas maneras" (n.17). Veamos algunas:

* Dios se nos ha revelado en y a través de la persona y de la historia (Última Cena, Muerte en la cruz, Apariciones del resucitado...) de su Hijo Jesucristo: "A Dios nadie lo ha visto nunca. El Hijo único, que está en el seno del Padre, nos lo ha revelado" (Jn 1,18; cf. Jn 12,45). Pero hay más; Cristo es no sólo el revelador de Dios, sino también la revelación misma del Padre. En Él y sólo en Él hemos visto a Dios, pues Jesús es Dios: "quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9; cf. DV 1-2 (n.17).

* "El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se re-

44 "Plan pastoral de la CEE", o. c., n. 33.

fleja; mediante su Palabra, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. En la Liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana” (n.17).

A la pregunta de la revista “Famiglia Cristiana” ¿es posible amar a Dios? La respuesta es: “Sí, podemos amar a Dios, dado que Él no se ha quedado a una distancia inalcanzable sino que ha entrado y entra en nuestra vida”. El Papa nos indica los modos y caminos a través de los cuales sale a nuestro encuentro: “Nos sale al paso de cada uno de nosotros: en los sacramentos a través de los cuales actúa en nuestra existencia; con la fe de la Iglesia, a través de la cual se dirige a nosotros; haciéndonos encontrar hombres, tocados por Él, que nos transmiten su luz; con las disposiciones a través de las cuales interviene en nuestra vida; también con los signos de la creación que nos ha regalado.

2.4.2. “¿Se puede mandar el amor? (...) El amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad” (n.16)

Respuesta: la voluntad de Dios no es algo extraño para mí.

- “Puesto que es Dios quien nos ha amado primero (1Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene nuestro encuentro” (n.1). “El mandamiento del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado” (n.14). En efecto, la primacía de Dios y del amor posibilita en el hombre el amor, tanto a Dios mismo como a los demás, porque ambos forman un único mandamiento, es decir, la unidad lógica de respuesta al don precedente y fundante del amor divino

2.4.3. Naturaleza del amor al prójimo

* ¿En qué consiste el amor al prójimo? “El amor al prójimo no es un mandamiento externo que nos impone lo imposible, sino una experiencia de amor nacida desde dentro, de un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros” (n.18).

* ¿Dónde está enraizado el amor al prójimo? “El amor al prójimo está enraizado en el amor a Dios” (n.20), que es su manantial y su fuente.

* ¿Podemos de verdad amar al prójimo que es extraño, diferente? “En Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el

sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo (...) Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita" (...) "Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo "piadoso" y cumplir con mis "deberes religiosos", se marchita también la relación con Dios. Sería únicamente una relación "correcta", pero sin amor. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama" (n.18).

El Papa vuelve sobre este tema ante una pregunta de la revista "Famiglia Cristiana": "¿Podemos de verdad amar al "prójimo", cuando nos resulta extraño o incluso antipático? "Sí, podemos, si somos amigos de Dios. Si somos amigos de Cristo queda cada vez más claro que Él nos ha amado y nos ama, aunque con frecuencia alejemos de Él nuestra mirada y vivamos según otros criterios. Si, en cambio, la amistad con Dios se convierte para nosotros en algo cada vez más importante y decisivo, entonces comenzaremos a amar a aquellos a quienes Dios ama y que tienen necesidad de nosotros. Dios quiere que seamos amigos de sus amigos y nosotros podemos serlo, si estamos interiormente cerca de ellos".

* ¿Cómo crece el amor? "El amor crece a través del amor" (n.18).

* ¿El amor al prójimo es tarea para todos? "El amor al prójimo es una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones (...) También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor" (n.20).

* "El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, quien nos ha amado primero" (n.18). Por ello, si estamos apartados completamente de Dios, no amaremos al prójimo; y, al contrario, si no amamos al prójimo, tampoco amaremos a Dios. San Juan insistió mucho en esta reciprocidad e interacción. Los Santos y Santas de la Iglesia son un claro ejemplo: su amor profundo a Jesucristo les ha llevado a entregarse de forma incondicional, desinteresada y generosísima al prójimo; y, a la inversa, su amor al prójimo les lleva a Jesucristo.

A la luz de estas enseñanzas del Papa, preguntémosnos: ¿nos falta mucho para llegar a mirar y a amar al otro como lo mira y ama el Señor?. Las parábolas de Jesús aclaran el sentido cristiano de la proximidad, descubriéndonos que es universal y concreta, aquí y ahora, hacia cualquiera que tenga necesidad de mí y yo pueda ayudarle, como fusión del amor a Dios y al prójimo, viendo

y sintiendo al otro con los ojos y el corazón de Dios, de Jesucristo y, por ello, amando desde el corazón y llegando a su corazón.

V. LA SEGUNDA PARTE DE LA ENCÍCLICA

1. LA IGLESIA

Somos conscientes de que el Papa no ha intentado ofrecernos una visión completa de la Iglesia. Con todo sí que ofrece unas enseñanzas, que nos permiten descubrir la semblanza de la Iglesia. Ofrecemos a continuación los acentos eclesiológicos más significativos que Benedicto XVI ha puesto de relieve en su Encíclica.

1.1. Realidades que constituyen la Iglesia

Partiendo del texto de Lucas en los Hechos de los Apóstoles: “Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (2,44-45), el Santo Padre afirma: “Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la “enseñanza de los apóstoles”, a la “comunidad” (koinonía), a la “fracción del pan” y a la oración” (n.20).

Benedicto XVI habla también de los obispos: “Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2,42-44).

1.2. La Iglesia de la Stma. Trinidad

Fijémonos ante todo en las raíces de la Iglesia y descubriremos que tiene su origen en el amor divino. La Iglesia es la “Iglesia de la Trinidad”; es “obra de la Stma. Trinidad”. En efecto, el Padre envió a su Hijo para salvar a la humanidad. El Hijo, en perfecta comunión con el Padre, amó a los suyos hasta el extremo de dar su vida por ellos. Con el envío del Espíritu Santo, la Iglesia apostólica es y se muestra como fruto del amor divino. El Concilio Vaticano II enseña que la Iglesia “se manifiesta como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG.4). Por ello, está configurada como misterio de comunión y de misión. (cf. LG 4)⁴⁵.

45 M. LEGIDO SÁNCHEZ, *La Iglesia del Señor*. Un estudio de eclesiología paulina, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1978; B. FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, Salamanca, Secre-

1.3. La Iglesia, sacramento de Jesucristo

La Iglesia, nacida del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y de la comunión del Espíritu Santo es una realidad sacramental ya que significa y actualiza el amor gratuito del Señor en su servicio pobre y humilde al mundo. “En su Cuerpo, que es la Iglesia, Cristo prosigue su existencia entregada a favor de las muchedumbres hambrientas de pan, de justicia y, en última instancia, del Dios de la esperanza (...) La Iglesia se presenta como signo eficaz de la presencia operante de Dios en la historia, cuando su fe obra por amor y se entrega a construir la fraternidad en Cristo”⁴⁶.

1.4. La Iglesia, familia de Dios en el mundo

“La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario (cf. Ga 6,10)” (n.25). La Iglesia es la familia de los hijos de Dios en el Hijo Jesús, de los hermanos en el Hermano universal Jesús, de los servidores en el Servidor Jesús, que vino a servir y dar su vida en rescate por muchos (cf. Mc 10,45). “La Iglesia como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda” (n.32).

1.5. La triple tarea de la Iglesia

“La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerigma-martyría*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonía*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra” (n.25), ni pueden omitirse ninguna de ellas (n.22).

A la luz de lo dicho, podemos decir que la Iglesia es “una comunidad (*koinonía*) cuya expresión y cumbre es la fracción del pan (*leiturgia*) para el servicio (*diakonía*) y la proclamación del Evangelio de Cristo (*parresia*), especialmente con el testimonio de vida hasta la persecución y el martirio (*martyria*).

El servicio de la Caridad, de los Sacramentos y de la Palabra son las tareas esenciales de la Iglesia (n.22), que generan estructuras jurídicas precisas, desde el s. IV. Estas tres tareas esenciales de la Iglesia no funcionan de forma inde-

tariado Trinitario, 1996; MONS. R. BLÁZQUEZ, “La Iglesia, “ícono” de la comunión trinitaria”, en A. CORDOVILLA, J. M. SÁNCHEZ CARO y S. DEL CURA, *Dios y el hombre en Cristo. Homenaje a Olegario González de Cardedal*, Salamanca, Sígueme, 2006, 427-443.

⁴⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La caridad de Cristo nos apremia*, Madrid, Edice, 2005, n.5; 7-8.

pendiente entre sí ya que “se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra” (n.25), al contrario se relacionan y fecundan entre sí.

1.6. La Iglesia, servidora del hombre

Para la Iglesia, nada hay humano que sea ajeno a ella; todo lo humano le importa, le interesa: “nada hay profundamente humano que no encuentre eco en el corazón de los discípulos de Jesús” (cf. GS 1). “Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos (...), y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres” (n.19). La Iglesia no excluye a ningún ser humano de su amor y de su solicitud pastoral. Si la Iglesia ama con preferencia a los más pobres y necesitados del mundo, a los abandonados y excluidos de la tierra, no es porque desprecia a los demás, sino para que su abrazo de madre alcance a todos. La Iglesia en su servicio a los hombres ni piensa ni actúa desde una ideología, sino desde su opción de fe, amor y esperanza. Juan Pablo II lo dijo con claridad: “No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre. Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos.”⁴⁷. “La opción preferencial por los últimos, conviene subrayarlo, es ya una expresión de la acción evangelizadora. Con ella volvemos a sembrar las semillas del reino en la marcha de la historia, en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Quien opta desde la fe y el amor por los pobres, colabora en el advenimiento del reino de la justicia, del amor y de la paz”⁴⁸.

La Iglesia sabe muy bien que “el hombre es su camino” (RH 14), especialmente el pobre, el enfermo, el desvalido, el marginado: “practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a la esencia de la Iglesia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio” (n.22). Recordemos una enseñanza de Juan Pablo II que dice: “La Iglesia, que nace del misterio de la redención en la cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular en el camino de su sufrimiento. En tal encuentro el hombre “se convierte en el camino de la Iglesia”, y es éste uno de los caminos más importantes”⁴⁹.

47 Carta Apostólica: “Novo millennio ineunte” (6-I-2001), Madrid, San Pablo, 49.

48 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La caridad”, *o. c.*, nn.13-14.

49 Carta Apostólica: “Salvifici doloris”; San Pablo. Madrid.1984; n.3.

En nuestros días, nos vemos y sentimos obligados a hablar de "los rostros de las nuevas pobrezas", de los "cuartos mundos", esas zonas de grande o extrema pobreza que están presentes en los países de media o alta renta. Y hemos de hablar de ellos no sólo desde la razón teórica que teoriza sobre la pobreza, sino también desde la razón práctica que exige la transformación de la realidad. No podemos dar la espalda a las víctimas, a los nuevos crucificados de la historia.

Por ello, el Papa se muestra con una sensibilidad especial a todo lo humano en esta encíclica. Con sus ojos renovados por el Espíritu Santo, mira a los hombres con ternura, compasión, misericordia y libertad, imitando así a Jesucristo "que sentía compasión cuando veía a la muchedumbre como ovejas sin pastor". Por eso, creemos que la teología actual no sólo debe promover un diálogo sincero y crítico con el pensamiento moderno y posmoderno, sino también debe reflexionar sobre y desde las víctimas de nuestra historia. En esta misma línea pensamos que la perspectiva de las víctimas ha de ser una prioridad horizontal o transversal y no meramente sectorial, es decir, ha de estar siempre presente en la pastoral de la Iglesia, sin, por otra parte, ser excluyente. Animamos a profundizar y a actuar en esta línea. Estamos convencidos de que por aquí pasa la credibilidad de la Iglesia; también la tuya y la mía, la nuestra, la de todos⁵⁰.

Terminamos este apartado de nuestra reflexión, afirmando que no hay palabra alguna en la encíclica que olvide o margine al hombre...Cualquier ser humano puede sentirse amado y acogido, valorado y esperanzado al descubrirse él mismo en cada página de la encíclica. Por eso, el cristiano y todo hombre de buena voluntad pueden encontrar orientación para vivir y para amar en esta Carta Encíclica del Papa.

2. EL EJERCICIO DEL AMOR POR PARTE DE LA IGLESIA COMO COMUNIDAD DE AMOR

Al abordar el tema de la Iglesia como comunidad de amor que construye con la gracia de Dios la civilización del amor en el mundo, el Santo Padre se plantea unas cuestiones fundamentales y básicas que ofrecemos a continuación para conocer mejor el contenido de esta segunda parte de la encíclica.

¿De qué es signo la caridad de la Iglesia? (n.19).

¿Por qué la Iglesia está llamada a cumplir el mandamiento del amor al prójimo? (nn.20-25).

50 J. L. FERNÁNDEZ: "Alegato a favor de una teología más significativa hoy"; *Salmanticensis* 53 (2006) 35-59; *ib.*, "El cristianismo ante el siglo XXI en Europa: una reflexión desde las víctimas", en AA.VV. "Justicia y solidaridad, semillas de esperanza. Cuadernos Verapaz, n.19. Madrid, 2000, pp.77-79.

¿Qué relación existe entre la justicia y la caridad? (nn.26-29).

¿Cuál es la situación general del compromiso por la justicia y el amor en el mundo actual? (n.30).

¿Cómo realiza la Iglesia las exigencias del mandamiento del amor al prójimo? (nn.31-39).

2.1. *La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario*

El servicio de la caridad de la Iglesia, manifestación del amor trinitario (n.19). “Ves la Trinidad si ves el amor”⁵¹. El Papa hace una lectura en profundidad del ejercicio de la caridad por parte de la Iglesia y afirma que es manifestación del amor trinitario.

“El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos (...) y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana” (n.19). Jesucristo fundó la Iglesia para que fuera sacramento, esto es, signo e instrumento, de su amor salvador en la historia. Por eso, la Iglesia debe amar a todos y a cada uno de los seres humanos, y porque el amor cristiano es concreto, la Iglesia debe amar al ser humano en su realidad y situación concreta, no en teoría o en abstracto. La Iglesia no sería fiel reflejo del amor divino si no tomase en cuenta los rostros de las nuevas pobrezas.

2.1.1. El servicio de la caridad, tarea de la Iglesia

El Santo Padre advierte con énfasis que “el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad” (n.20).

“Con la formación del grupo de los Siete, la «*diakonía*» –el servicio del amor al prójimo ejercicio comunitariamente y de modo orgánico– quedaba instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma” (n.21). Por eso, la actividad caritativa de la Iglesia “necesita una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (n.20).

Benedicto XVI afirma: “la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra” (n.22). Vemos, por

51 *San Agustín, De Trinitate*, VIII, 8,12; CCL 50, 287

tanto, que la Iglesia está llamada a ser testigo transparente del amor de Dios para todos. Las obras de caridad y de servicio realizadas por la Iglesia son, por ello, manifestación de su íntima comunión de amor con Jesucristo y del amor oblativo de Dios a la humanidad.

Esta actividad caritativa de la Iglesia “no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (n.25). Desde los primeros años (Hch 2,44-45), la Iglesia sabe y es consciente de que esta tarea es parte de la definición de la Iglesia (Hch 2,42; 4,32-37).

2.1.2. ¿A quiénes alcanza la caridad de la Iglesia? A todos

Benedicto XVI habla de la acción caritativa hacia los necesitados de la comunidad cristiana: “En la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa” (n. 20). Y enseña también que “La *caritas-agapé* supera los confines de la Iglesia. La parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10,31)” (n.25). “Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto” (n.15).

2.1.3. La Iglesia ha ejercido el servicio de la caridad desde el principio

“La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea –el servicio de la caridad– ha tenido una importancia constitutiva para ella desde su comienzo: “los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2,44-45). A la luz de estas enseñanzas debemos preguntarnos hoy: ¿dedicamos al ejercicio de la caridad un tiempo y un esfuerzo semejantes a los que dedicamos a la Catequesis y a la Liturgia?

El Santo Padre manifiesta que la Iglesia atendió con esmero el servicio de la caridad desde sus primeros tiempos, como lo muestran la vida de la Comunidad cristiana de Jerusalén (cf. Hch 2,44-45) y la iniciativa de Pablo promoviendo una colecta entre todas las Iglesias en favor de los cristianos necesitados de Jerusalén (1 Co 8-9).

Por otra parte, Benedicto XVI nos ofrece unos testimonios que acreditan que la Iglesia ejerció la actividad caritativa desde siempre. Recordémoslos:

San Justino († ca.155) describe la acción caritativa uniéndola con la Eucaristía presidida por el Obispo, responsable de la atención a los necesitados (n.22).

Tertuliano (†después del 220) cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos (n.22).

San Ignacio de Antioquía (†ca 117) llamaba a la Iglesia de Roma como la que “preside en la caridad” (ágape) (Epist. Ad Romanos, Inscr. *PG* 5,801). De esto se puede deducir que con esta definición quería expresar de algún modo también la actividad caritativa concreta (n.22).

“Hacia el s. IV se va formando en Egipto la “*diakonía*”, estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto de las actividades asistenciales, el servicio de la caridad precisamente. A partir de esto, se desarrolla en Egipto hasta el s. VI una corporación con plena capacidad jurídica, a la que las autoridades civiles confían incluso una cantidad de grano para su distribución pública (n.23).

No sólo cada monasterio, sino también cada diócesis llegó a tener su “*diakonía*”, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente (n.23).

El mártir San Lorenzo ha quedado en la memoria de la Iglesia como un gran exponente de la caridad eclesial: “distribuyó el dinero disponible a los pobres y luego presentó a éstos a las autoridades como el verdadero tesoro de la Iglesia” (n.23) (San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, II, 28, 140: *PL* 16, 141).

El Santo Padre hace una alusión explícita al emperador Juliano el Apóstata (360) que “puede ilustrar una vez más lo esencial que era para la Iglesia de los primeros siglos la caridad ejercida y organizada” (n.24). El propio Juliano escribía en una de sus cartas⁵² que “el único aspecto que le impresionaba del Cristianismo era la acción caritativa de la Iglesia (...) Los «Galileos» –así los llamaba– habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar. De este modo, el emperador confirmaba, pues, cómo la caridad era una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia” (n.24).

Por todo ello, podemos decir que desde los primeros tiempos de la Iglesia, el amor al prójimo fue considerado como tarea esencial y constitutiva de la Iglesia y se vio la necesidad de organizarlo para que fuera eficaz. El servicio de la caridad no es, por tanto, un servicio ocasional sino la manifestación irrenunciable de la naturaleza de la Iglesia. En nuestros días, donde tantos rostros nuevos de pobreza surgen y aparecen, la Iglesia ha de dedicar personas y medios a la atención de los necesitados de todo género.

52 L'ÉMPEREUR JULIÁN, “Ep. 83”, en *Œuvres complètes. I, 2^e Lettres et fragments*, ed. y trad. por J. Bidez, Paris, Les Belles Lettres, 1960, 145.

2.2. La justicia y la caridad

2.2.1. La nueva situación social en el siglo XIX

No pretendemos desarrollar con detalle en este lugar la problemática que surgió entonces con el nacimiento de la revolución industrial. Nos llevaría muy lejos. Nos limitamos a ofrecer solamente unos datos que puedan ayudar a entender esta época tan importante en la historia social de Europa.

El problema que aparece en ese tiempo es que con la revolución industrial, las masas obreras se ven privadas de sus derechos, contra lo cual era necesario exigir justicia. Ante esta situación se dan dos intentos de solución. Por una parte, el socialismo utópico promovido por R.Owen, Ch. Fourier y otros y que critica el capitalismo y afirma la necesidad de un cambio y reforma del orden social existente. Por otra parte, aparece el socialismo científico de la mano de K. Marx y F. Engels que sostienen que para alcanzar la estructura justa de la sociedad hay que acudir a la lucha de clases, a la lucha del proletariado mundial contra la clase capitalista que detenta la propiedad del capital y de los medios de producción.

2.2.2. Objeciones del Marxismo a la actividad caritativa de la Iglesia

A) De todos es sabido que desde el siglo XIX se ha planteado una objeción contra la actividad caritativa de la Iglesia, desarrollada después con insistencia sobre todo por el Marxismo. El Papa la presenta de forma clara y concisa: "los pobres no necesitan obras de caridad, sino de justicia. Las obras de caridad –la limosna– serían en realidad un modo para que los ricos eludan la instauración de la justicia y acallen su conciencia, conservando su propia posición social y despojando a los pobres de sus derechos" (n.26).

Entonces, ¿qué hay que hacer? Interpretando correctamente el pensamiento de estos autores, el Papa dice: "en vez de contribuir con obras aisladas de caridad a mantener las condiciones existentes, haría falta crear un orden justo, en el que todos reciban su parte de los bienes del mundo y, por lo tanto, no necesiten ya las obras de caridad" (n.26).

B) "Los medios de producción y el capital eran el nuevo poder que, estando en manos de pocos, comportaba para las masas obreras una privación de derechos contra la cual había que rebelarse" (n.26).

Ante esta situación, ¿qué había que hacer? "El Marxismo había presentado la revolución mundial y su preparación como la panacea para los problemas sociales: mediante la revolución y la consiguiente colectivización de los medios de producción, todo iría repentinamente de modo diferente y mejor" (n.27).

2.2.3. Respuesta que ofrece el Papa a estas objeciones del marxismo

Con palabras concisas, el Santo Padre responde: “Se debe reconocer que en esta argumentación hay algo de verdad, pero también bastantes errores” (n.26). Veamos ahora cómo explica el Papa esta respuesta.

* “Es cierto que una norma fundamental del Estado debe ser perseguir la justicia y que el objetivo de un orden social justo es garantizar a cada uno, respetando el principio de subsidiaridad, su parte de los bienes comunes. Esto es lo que ha subrayado también la doctrina cristiana sobre el Estado y la doctrina social de la Iglesia” (n.26).

* El Papa acepta y manifiesta que “se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo”. De todos modos, Benedicto XVI pone de relieve que “no faltaron pioneros (en la Iglesia): uno de ellos, por ejemplo, el Obispo Ketteler de Maguncia (†1877). Para hacer frente a las necesidades concretas surgieron también círculos, asociaciones, uniones, federaciones y, sobre todo, nuevas Congregaciones religiosas, que en el siglo XIX se dedicaron a combatir la pobreza, las enfermedades y las situaciones de carencia en el campo educativo” (n.27). Por otra parte, el Papa recuerda el Magisterio de los Papas que dieron respuesta a los problemas sociales de su tiempo: León XIII publicó la Encíclica “*Rerum Novarum*” (1891); Pío XI, “*Quadragesimo anno*” (1931); Juan XXIII, “*Mater et Magistra*” (1961); Pablo VI, “*Populorum Progressio*” (1967) y “*Octogésima adveniens*” (1971); y, por último, Juan Pablo II publicó las encíclicas “*Laborem exercens*” (1981), “*Sollicitudo Rei Socialis*” (1987) y “*Centessimus annus*” (1991). Finalmente, en 2004 ha sido presentado el “*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*”

* Respecto a la propuesta del Marxismo, –revolución y colectivización de los medios de producción–, el Papa responde: “este sueño se ha desvanecido” (n.27).

* Entonces ¿a qué debemos atenernos? El Papa nos dice: “En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones –ante el avance del progreso– se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo” (n.27).

3. EL COMPROMISO POR LA JUSTICIA Y POR LA CARIDAD

El Papa pretende con su encíclica “globalizar la justicia y el amor, de modo que en la gran familia humana –y también en esa familia que es la Iglesia– no haya ningún miembro “que sufra por falta de lo necesario”.

3.1. El compromiso por la justicia

3.1.1. La competencia del Estado

La justicia es el objeto de la política. “El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez San Agustín (*“De Civitate Dei, IV,4: CCL 47,102*) Por ello, el establecimiento de la justicia no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia: “La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado” (n.28a). El Santo Padre argumenta diciendo: “es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del Cesar y lo que es de Dios” (cf. Mt 22,21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales” (GS 36) (n.28a). El propio Benedicto XVI afirma: “El establecimiento del orden justo es competencia del Estado y no es objetivo directo de la Iglesia. Por su propia naturaleza, la Iglesia no hace política en primera persona, más bien respeta la autonomía del Estado y de sus instituciones”⁵³.

La justicia es la medida intrínseca de la política: “La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética” (n. 28).

Mons. M. Ureña comenta y explica estas palabras: “No es la justicia la que es medida y tallada por la política, sino la política la que es medida y cortada en el taller de la justicia. La justicia es anterior a la política. Ésta viene después y parte ya de aquélla. Por consiguiente, la política no debe reducirse a una simple técnica para la determinación de los ordenamientos públicos. Su origen y meta se encuentran precisamente en la justicia. Y ésta es, por más que pese a muchos, de naturaleza ética, no de naturaleza política. Por eso, el Estado se ve siempre inevitablemente urgido a realizar la justicia aquí y ahora, pero, al ser ésta de naturaleza ética, no puede inventarla, sino simplemente reconocerla y aplicarla. Cuando el Estado olvida este principio, cae irremediamente en el positivismo jurídico, lo que más de una vez sucede”⁵⁴.

* Naturaleza de la justicia. Llegado a este punto de su reflexión, el Santo Padre se pregunta: ¿qué es la justicia? “Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente porque su ceguera ética, que deriva de la prepon-

53 BENEDICTO XVI, Declaraciones a la Revista *Famiglia Cristiana*

54 MONS. M. UREÑA, *o. c.*.

derancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente” (n.28a).

3.1.2. Encuentro de la política y de la fe

El Papa llega a un momento importante de su encíclica y afirma: “en este punto, política y fe se encuentran” (n.28a).

Es verdad que la naturaleza específica de la fe es “la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón” (n.28a). Ahora bien, prosigue el Papa, la fe es también “una fuerza purificadora de la razón misma” (*ib.*) ya que “al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma” (*ib.*) En efecto, “la fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio”.

“En este punto se sitúa la doctrina social católica” (n.28a). ¿Qué dice el Papa sobre la Doctrina Social de la Iglesia? De forma abreviada y sintética exponemos a continuación las enseñanzas de Benedicto XVI.

La DSI “no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado, ni quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica” (*ib.*).

La DSI “argumenta no directamente desde la fe, sino desde la inmanencia de la razón práctica y desde el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano” (*ib.*).

La DSI “sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y aspira a contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables” (*ib.*).

El “corpus” de la Doctrina Social de la Iglesia se encuentra en los documentos del Concilio Vaticano II: “*Gaudium et Spes*” (1965); “*Dignitatis humanae*” (1965); “*Apostolicam Actuositatem*” (1965); en las Encíclicas Sociales de los Papas desde León XIII a Juan Pablo II y en el “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia” que ya hemos citado anteriormente. Estos Documentos tratan la cuestión social y desarrollan una doctrina social realista, pensada y articulada que propone orientaciones válidas no sólo para los católicos sino también para cuantos quieran acogerlas y aplicarlas.

Invitamos a los católicos a que estudien y conozcan bien la Doctrina Social de la Iglesia y a que la difundan, superando la ignorancia que de ella se tiene incluso entre los católicos. No ocultemos la luz que hemos recibido para nosotros y para compartirla y comunicarla a los demás⁵⁵.

3.1.3. Competencia de la Iglesia en el campo de la justicia

Ya hemos dicho siguiendo las enseñanzas del Papa que realizar una sociedad lo más justa posible no es inmediatamente tarea de la Iglesia, sino del Estado y que la Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado (cf. n.28a). La razón es clara: “tratándose de un quehacer político, esto no puede ser cometido inmediato de la Iglesia” (n.28a; cf. n.29).

¿Esto quiere decir que la Iglesia nada tiene que decir en el ámbito de la justicia? El Santo Padre responde a este interrogante: la Iglesia “tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia” (n.28a). El Santo Padre justifica y explica cómo actúa la Iglesia en la construcción de un orden social y estatal justo.

Ya sabemos que la lucha por la justicia es “un quehacer político, por eso no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia” (n.28a). Ahora bien, dado que la lucha por la justicia es al mismo tiempo “una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables”. Por ello, “la Iglesia debe insertarse en la lucha por la justicia a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales sin las cuales la justicia, que siempre exige renuncias, no puede afirmarse ni prosperar (n.28a). Insistimos en la doctrina del Santo Padre: “En el establecimiento de estructuras justas la tarea de la Iglesia es mediatas, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las

⁵⁵ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica: “La Iglesia en Europa” (28-IV-2003), Madrid, Palabra, nn.98-99.

fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo” (n.29).

Dicho con otras palabras, la Iglesia ha de promover de forma clara y decisiva la purificación de la razón, ha de procurar la formación de las conciencias en la política, ha de contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y ha de intentar mover la voluntad de los políticos y de los ciudadanos para que busquen sinceramente el bien común mediante el ejercicio de una libertad purificada y fortalecida por la gracia de Dios. Donde no hay fe ni vida cristiana, el desconcierto moral, la corrupción y los abusos crecen y se multiplican como muestra la experiencia.

Hemos de afirmar también que toda la Iglesia mediante su vida-acción, el anuncio de la Palabra de Dios, la celebración litúrgica y el testimonio de su propia existencia, desarrollando su propia misión religiosa, es una fuerza bienhechora para la humanidad y para la sociedad ya que infunde el espíritu de caridad que hace que los hombres recuperen y vivan con mayor plenitud su identidad, y les abre los ojos y el corazón para ver mejor y realizar la justicia.

3.1.4. El compromiso de los fieles laicos a favor de la justicia

¿Qué podemos decir de los laicos cristianos? Teniendo en cuenta que el compromiso por la justicia en cuanto tarea política directa, es decir, estructuras justas en la sociedad y el Estado, es sólo, mediatamente, competencia de la Iglesia, ¿qué papel desempeñan los laicos en la instauración de la justicia? La respuesta del Santo Padre es clara también: “El deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos” (n.29). Posteriormente el Santo Padre insiste en esta misma enseñanza: “La tarea inmediata de actuar en el ámbito político para construir un orden justo en la sociedad no corresponde a la Iglesia como tal, sino a los fieles laicos, que actúan como ciudadanos bajo su propia responsabilidad. Se trata de una tarea de suma importancia, a la que los cristianos laicos (...) están llamados a dedicarse con generosidad y valentía. Iluminados por la fe y por el magisterio de la Iglesia, y animados por la caridad de Cristo”⁵⁶.

Benedicto XVI hace un llamamiento a los fieles laicos para que se hagan presentes desde el Evangelio de Jesucristo en los distintos ámbitos de la vida pública y se comprometan en la transformación de las estructuras en beneficio

56 BENEDICTO XVI, “Discurso a la IV Asamblea”, o. c. Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, “El compromiso político de los cristianos”, en AA.VV., *Fe y Política*; Madrid, PPC, 2002, 51-67. C. GARCÍA DE ANDONI, “Vivificar una presencia política cristiana”, en *ib.*, 173-188.

de todos: “Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (n.29). A los cristianos comprometidos en el servicio público, corresponde, en la acción política, abrir siempre nuevos caminos para la justicia. Por tanto “la misión de los fieles es configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como «caridad social»” (n.29).

3.2. *El compromiso de la caridad de la Iglesia*

Llegados a este punto, el Papa afirma con claridad que “las organizaciones caritativas de la Iglesia son un “opus proprium” suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza” (n.29). En efecto, “la Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor” (n.29). Acojamos estas palabras de Santo Padre e intentemos realizarlas con la ayuda del Señor. Nuestro mundo necesita de amor y de misericordia, de acogida y de respeto.

El Santo Padre expone este tema tan importante asumiendo las preguntas que no pocos se hacen y da las respuestas adecuadas a las mismas.

* Primera pregunta: ¿Tiene el amor sitio o cabida en una sociedad justa?

Algunos afirman que la caridad es algo “marginal” con respecto a la justicia. Primero la justicia y luego la caridad. Si la justicia hiciera bien su trabajo, se dice, no haría falta la caridad. Si la administración pública, el mercado y las estructuras sociales funcionaran correctamente, no tendríamos necesidad de la caridad social (cf. n.26).

Respuesta del Papa:

– “La caridad siempre será necesaria, incluso en la sociedad más justa” (n.28). En efecto, “ningún ordenamiento del Estado, por justo que sea, puede hacer superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuento hombre. Siempre habrá sufri-

miento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo” (n.28b). El Papa, a preguntas de la Revista italiana ya citada, dice: “la justicia no hace nunca superfluo el amor. Más allá de la justicia, el hombre tendrá siempre necesidad de amor, que es el único capaz de dar un alma a la justicia. En un mundo tan profundamente herido, como el que conocemos en nuestros días, esta afirmación no tiene necesidad de demostraciones. El mundo espera el testimonio del amor cristiano que se inspira en la fe. En nuestro mundo, con frecuencia tan oscuro, con este amor brilla la luz de Dios”.

Mons. M. Ureña afirma en este sentido: “a diferencia del compromiso de la Iglesia por la prosecución del orden social justo, que es un compromiso indirecto, colateral y mediato, y sólo directo, central e inmediato en los fieles laicos, en cuanto ciudadanos del Estado, el compromiso de la Iglesia por el servicio del amor es connatural y constitutivo de la Iglesia (cf. n.29b)⁵⁷.”

– “El Estado que quiere proveer a todo se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido –cualquier ser humano– tiene necesidad: la entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material” (n.28b).

– “La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive “sólo de pan” (Mt.4,4), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano” (n.28b).

* Segunda pregunta ¿La Iglesia no podría dejar este servicio de la caridad a otras organizaciones filantrópicas que se forman en muchos modos? (cf. n.25a).

Respuesta del Papa:

No, la Iglesia no lo puede hacer. “Ésta debe practicar el amor por el prójimo también como comunidad, de otro modo anuncia al Dios del amor de

57 MONS. M. UREÑA, *o. c.* JUAN PABLO II, Exhortación apostólica: “La Iglesia en Europa”, *o. c.*, nn.104-105.

modo incompleto e insuficiente” (n.20). Juan Pablo II enseñó que “la página de Mateo (25,35-36) no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (NMI 49). Mons. Giampaolo Crepaldi ofrece unas reflexiones que pueden ayudarnos a entender mejor la relación entre la justicia y la caridad: “La caridad no se yuxtapone a la justicia, sino que la ayuda a respirar mejor y, al hacerlo así, le permite ser realmente lo que debe ser sin correr el riesgo de sustituirla. El plano de la justicia, dice el Papa, pertenece a la política, pero la política misma necesita la purificación de la caridad. Y a la misma política le conviene admitir subsidiariamente la existencia de fuerzas vivas en la sociedad –entre las que está la Iglesia– que puedan suscitar energías espirituales capaces de purificar la ética social, el compromiso por la justicia y la búsqueda política del bien común. En una relación de verdadera laicidad, esto es precisamente lo que la política pide a la Iglesia, y la Iglesia evita transformarse en una mera agencia ética, porque la caridad cristiana no se limita a la razón práctica”⁵⁸.

3.3. Realización del servicio de la caridad en el actual contexto social

3.3.1. El contexto social actual en el que la Iglesia realiza las múltiples estructuras de servicio caritativo (n 30a)

El contexto que el Papa ofrece está caracterizado por dos hechos básicos:

* Los Medios de comunicación social “han empequeñecido hoy nuestro planeta, acercando rápidamente a hombres y culturas muy diferentes. Si bien este “estar juntos” suscita a veces incomprensiones y tensiones, el hecho de que ahora se conozcan de manera mucho más inmediata las necesidades de los hombres es también una llamada sobre todo a compartir situaciones y dificultades” (n.30a; cf. AA, 8).

* La Globalización: El contexto en el que se realiza esta “organización caritativa de la Iglesia” es el de un mundo globalizado. El proceso de la globalización en el que estamos inmersos en la actualidad nos ofrece “medios innumerables para ofrecer y donar la ayuda humanitaria a los hermanos y hermanas necesitados como son los modernos sistemas para la distribución de comida y ropa, así como también para ofrecer alojamiento y acogida” (n.30). Un efecto positivo de la globalización se manifiesta en el hecho de que “la solicitud por el prójimo, superando los límites de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero” (n. 30). Por ello, hemos de trabajar todos para “globalizar la solidaridad”.

58 “La caridad purifica la justicia”, en *L’Osservatore Romano*, 22, 2 de junio de 2006.

3.3.2. Nuevas formas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales

En este contexto de solidaridad, surgen nuevas formas de colaboración entre entidades estatales, civiles y eclesiales, que se han mostrado fecundas, eficaces y fructíferas. Nuestras organizaciones eclesiales dedicadas a la caridad han de brillar por la transparencia en la gestión y por su espíritu de colaboración con otras entidades con el fin de alcanzar una mayor eficacia a favor de los necesitados (cf. n.30b). Ahora bien, esta colaboración no debe deteriorar ni destruir la identidad cristiana de nuestras instituciones ya que la identidad de estas no se puede diluir en “todo vale con tal de conseguir el fin”.

3.3.3. El voluntariado

“Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y la difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios”. Por su importancia, el Santo Padre dirige “una palabra especial de aprecio y gratitud a todos los que participan de diversos modos en estas actividades” (n.30b).

¿Qué es el voluntariado? El voluntariado “es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta, por ejemplo, en la droga, se contrapone el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a «perderse a sí mismo» (cf. Lc 17,33) a favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida” (n.30b).

El fenómeno del voluntariado como el aumento de las organizaciones que trabajan a favor del hombre “se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también efecto de la presencia del Cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo (...) La fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana” (n.31).

3.3.4. Nuevas formas de actividad caritativa y otras antiguas que han resurgido

Como ya decía Juan Pablo II⁵⁹, la Iglesia Católica manifiesta su disponibilidad a colaborar con las organizaciones caritativas de las Iglesias y Comunidades cristianas, ya que “todos nos movemos por la misma motivación fundamental y tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad” (n.30b). Para conseguir este objetivo tan importante,

⁵⁹ *Sollicitudo Rei Socialis*, en 32 AAS, 80 (1988), 556.

inserta de nuevo unas palabras de Juan Pablo II: “para un mejor desarrollo del mundo es necesaria la voz común de los cristianos, su compromiso «para que triunfe el respeto de los derechos y de las necesidades de todos, especialmente de los pobres, los marginados y los indefensos» (“*Ut Unum sint*”, n.43; AAS 87 (1995), 946) (n.30b). Este ecumenismo de la caridad es muy estimado y valorado por los católicos, ya que todos los cristianos queremos que el ser humano, hombre y mujer, se realice en conformidad a su dignidad de imagen de Dios. Por otra parte, una voz común de todos los cristianos en este sentido ha de ser muy eficaz.

3.3.5. El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

“Es muy importante, dice el Papa, que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?” (n.31) Veámoslos.

* Primer elemento: “La caridad es respuesta a una necesidad inmediata” (n.31a)

El Santo Padre explica este primer elemento afirmando que “según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por *Caritas* (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos” (n.31a). Evidentemente el Santo Padre no excluye de ninguna forma la promoción de las personas.

Los que prestan la ayuda “han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúen después las atenciones necesarias” (n.31a). Por tanto, han de tener una auténtica competencia profesional.

Ahora bien, tengamos presente esta advertencia del Papa: “la competencia profesional es necesaria, sin duda; pero por sí sola no basta” (n.31a) ya que el servicio de la caridad se ofrece a seres humanos y éstos “necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Por tanto, “cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una

atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de preparación profesional, necesitan también y sobre todo una “formación del corazón” (31a). Por ello, el Santo Padre exhorta a los Sacerdotes a que guíen a estos agentes “hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5,6)” (n.31a).

Con estas palabras, el Santo Padre pone de relieve que la actividad caritativa de la Iglesia arranca del encuentro personal con Jesucristo, con cuyo amor ha tocado el corazón del creyente, suscitando en él el amor por el prójimo. Contemplando el corazón traspasado de Cristo en la cruz, nosotros debemos pedir a Dios un corazón nuevo lleno de compasión, entrega, amor y ternura a los necesitados. No sólo competencia, sino también encuentro personal con Jesucristo. El amor cristiano es siempre un amor concreto, tiene rostro y nombre, se dirige a las personas en sus circunstancias y necesidades reales y concretas.

* Segundo elemento: “La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías” (n.31b).

La razón de esta independencia consiste en que esta actividad caritativa “no es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita” (n.31b). La Iglesia no forma parte de ningún cuadro ideológico.

A continuación y en esta misma línea de pensamiento, el Papa afirma que la actividad caritativa de la Iglesia ha de ser independiente también de la estrategia marxista de la revolución y del progreso. En efecto, “una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad –afirma– se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del “*statu quo*” (n.31).

El Santo Padre responde a estos planteamientos de forma sencilla pero clara: “En realidad, ésta es una filosofía inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora

y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido” (n.31b).

Esforcémonos para que se manifiesten con claridad el origen y la naturaleza religiosa, gratuita, liberadora y salvífica de la actividad religiosa de la Iglesia. Evangelización y servicio nunca pueden ir cada uno por su sitio o de forma independiente. No abandonemos al hombre en el presente bajo el pretexto de recuperarle en un ilusorio Edén futuro, sino comprometiéndose con él, con su misma persona, ahora y aquí.

Entonces, ¿tiene el cristiano algún programa en su actividad caritativa? El Santo Padre responde con claridad: “El programa del cristiano –el programa del Buen Samaritano, el programa de Jesús– es “un corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (n.31b). La Iglesia entera tiene que ser como un corazón que ve al que está caído y herido a la vera del camino de la vida y de la historia y ve también necesidades que no se pronuncian por ser vergonzantes.

¿La actividad caritativa de la Iglesia excluye toda programación? Benedicto XVI con su sabiduría peculiar enseña: “Obviamente, cuando la actividad comunitaria es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares” (n.31b).

¿Puede la Iglesia colaborar con otras instituciones similares? El Santo Padre afirma que la Iglesia puede “colaborar con instituciones similares” (n.31b). Por tanto, no rechaza que se pueda colaborar con grupos que buscan fines similares y utilizan medios justos.

Mons Antonio Dorado escribe a este respecto: “las ideologías diversas tiene como objetivo la conquista del poder para aplicar sus reformas y desarrollar sus proyectos de futuro. Por nuestra parte, los seguidores de Jesucristo tenemos que mantener la libertad evangélica para ser fermento en medio de la masa y servir a la persona concreta. La conquista del poder, por muy tentadora que sea, no debe figurar entre nuestros objetivos. La historia de la Iglesia nos enseña mucho a este respecto”⁶⁰.

* Tercer elemento: “la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo” (31c).

El Papa afirma con claridad meridiana: “El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos” (n.31c). El amor no es un medio de proselitismo y no se ejercita para alcanzar otros fines. La gratuidad del amor reclama una pastoral de acogida y acompañamiento. Tenemos que desarrollar esa gratui-

60 MONS. A. DORADO, *Boletín Oficial de la Diócesis de Málaga*, año 138, Marzo 2006, n.3.

dad en todos los niveles de la vida y misión de la Iglesia. Vivamos y actuemos como testigos de un amor gratuito, desinteresado, disponible, generoso en una sociedad plural; un amor que se da y se entrega sin pedir nada a cambio. La Iglesia acoge y atiende no sólo a los pobres de su comunidad, sino a todos los pobres, pues en cualquier necesitado descubre el rostro de Cristo, su Señor. El mismo Benedicto XVI posteriormente afirmó: “Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al Cristianismo. La fe sólo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que lo escuche (...) El mundo necesita a Dios. Nosotros necesitamos a Dios ¿Qué Dios necesitamos? (...) No faltamos al respeto a las demás religiones y culturas, no faltamos al respeto a su fe, si confesamos en voz alta y sin medios términos a aquel Dios que opuso su sufrimiento a la violencia, que ante el mal y su poder eleva su misericordia como límite y superación. A Él dirigimos nuestra súplica, para que esté en medio de nosotros y nos ayude a ser sus testigos creíbles”⁶¹.

Ahora bien, el amor gratuito tampoco calla. Lo que acabamos de manifestar “no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar” (n.31a). Como cristianos no queremos ejercitar la caridad para que otros se vean como forzados a seguir nuestras enseñanzas. En nombre de Dios, la Iglesia debe servir al bien integral de todos los hombres, pero nunca podrá aprovechar este servicio para tratar de imponer su fe. La acción evangelizadora de la Iglesia se cumple ofreciendo la posibilidad de conocer a Dios y creer en Él como el mejor bien que se puede ofrecer a cualquier persona. También las obras son una manera de proclamar el Evangelio, como dice el Concilio Vaticano II (DV 2), y cualquier ser humano, como persona humana que es, no sólo tiene necesidad de bienes materiales, sino de todo aquello que le ayuda a su desarrollo integral.

Con su lucidez intelectual y su sabiduría pastoral, Benedicto XVI nos ha dejado un párrafo extraordinario en el que afirma que en nuestras sociedades democráticas, pluralistas y complejas, “el cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4,8) y que se hace presente justo en los momentos en

61 “Homilía en la explanada de la Nueva feria de Munich” (10-IX-2006), en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060910_neue-messe-munich_sp.html. Consultado el 10 de noviembre de 2006.

que no se hace más que amar. Y sabe que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor” (n.31c).

Todos en la Iglesia, las organizaciones caritativas en especial, tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus miembros, de modo que a través de su actuación –así como por su hablar, su silencio, su ejemplo– sean testigos creíbles de Cristo” (n.31c). La caridad como testimonio ya habla por sí misma de Dios.

3.3.6. Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia (nn.32-39)

La Iglesia es el verdadero sujeto de la acción caritativa: “el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por eso fue muy importante que Pablo VI instituyera el Pontificio Consejo “*Cor Unum*” como organismo de la Santa Sede encargado de orientar y coordinar las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia Católica” (n.32).

¿Cuáles son los responsables concretos de la acción caritativa de la Iglesia?

Los sujetos concretos a través de los cuales la Iglesia lleva a cabo el ministerio de la caridad son los Obispos y sus colaboradores: los presbíteros, los diáconos, los religiosos y los seglares.

* Los Obispos. “El deber de la caridad como cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis” (n.32). Por otra parte, “es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 2,42-44): La Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda” (n.32). No olvidemos que, “durante el rito de la ordenación episcopal, el acto de consagración propiamente dicho está precedido por algunas preguntas al candidato, en las que se expresan los elementos esenciales de su oficio y se le recuerdan los deberes de su futuro ministerio. En este contexto, el ordenando promete expresamente que será, en nombre del Señor, acogedor y misericordioso para con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda” (n.32). “El Obispo es el primer responsable de la acción caritativa diocesana, independientemente de las competencias que, a tenor de los estatutos aprobados por él mismo, haya querido encomendar a los

diversos agentes de la pastoral caritativa y social diocesana: sacerdotes, laicos, religiosos/as, como a asociaciones con cierta vinculación a la iglesia”⁶².

* Los colaboradores de los Obispos. Estos “desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia” (n.33).

¿Cuáles son los rasgos o cualidades que han tener estos colaboradores?

– Han de ser personas creyentes: “No han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5,6)” (n.33).

– Han de amar a Jesucristo: “han de ser personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la Segunda Carta a los Corintios: “nos apremia el amor de Cristo” (5,14)” (n.33). El Papa glosa este texto afirmando: “la conciencia de que, en Cristo, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás” (n.33). “Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él” (n.33).

– Han de vivir y actuar en comunión eclesial: “trabaja con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente” (n.33). El Santo Padre invita a todos a trabajar en comunión eclesial no sólo por razones teológicas sino también por motivos de eficacia y operatividad práctica. Tengamos presente que “la comunión visible en el campo caritativo y social es un testimonio especialmente elocuente de la fuerza del Evangelio, de la fe que obra por amor al servicio de los pobres, marginados y, en definitiva, de los preferidos del Reino”⁶³.

– Han de estar abiertos a la catolicidad: “La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador en la actividad caritativa de la Iglesia a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las diversas formas de necesidad, respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos. El himno de la caridad de Pablo (1 Co 13) debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial; en él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta Encíclica. La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por

62 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La caridad”, *o. c.*, n. 32.

63 *Ib.*, n.33.

el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo" (n.34). Por eso, cada acción caritativa debe ser siempre expresión visible del amor de Cristo que se tiene y se comunica por medio de una acción caritativa. Como Dios nos ha amado en Cristo, así tenemos nosotros que amarnos unos a otros. Por eso, como personas seducidas y ganadas por Cristo que las ama y ha despertado en ellas el amor al prójimo, no han de limitarse a hacer cosas por los demás. Es necesario que se pueda percibir que aman al hombre porque ven en él al mismo Jesucristo. La caridad no es, por tanto mera filantropía. La Iglesia no es una ONG.

– Han de darse al otro. Con su honda espiritualidad, el Santo Padre afirma que "la íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona" (n.34).

– Han de ser compasivos: han de hacer suyos los sufrimientos de los demás: "La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte en un darme a mí mismo" (n.34).

– Han de ser humildes: "éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo –la cruz–, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia" (n.35). De este modo, "cuanto más se esfuerza aquél por los demás, hará suya y comprenderá mejor la palabra de Cristo: «somos unos pobres siervos» (Lc 17,10)" (...) (n.35).

– No han de dejarse llevar del desaliento. "A veces, el exceso de necesidades y la limitación de sus acciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, justo entonces, le aliviará saber que, al fin y al cabo, él no es más que un instrumento en manos del Señor. Y (...) hará con humildad lo que es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Porque quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros" (n.35). Por todo ello, han de ser perseverantes. Sembremos con amor y perseverancia, cuidemos la siembra. Dios da el incremento. Es posible que no veamos los frutos de nuestra acción pastoral, con todo tengamos la convicción de que no se va a perder ya que el Espíritu de Dios la hará fecunda. Pongamos el grano de arena que tenemos, unámoslo al de otros...será nuestra aportación. Dios lo bendecirá y lo hará fecundo. No sucumbamos a la tentación de la eficacia. Lo que realmente importa es la fecundidad del Espíritu Santo.

– Han de vencer la tentación de la ideología: "la experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende reali-

zar, aquí y ahora, lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas” (n.36).

– Han de superar la propensión a la inercia y a la rutina. Han de estar siempre atentos a superar la tentación de la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar el camino recto: “ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y, en realidad, nada construye, sino que, más bien, destruye, ni tampoco ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre” (n.36). Hemos de estar unidos a Cristo como el sarmiento a la vid de lo contrario no daríamos fruto ya que “sin Cristo nada podemos hacer”. Recordemos las palabras de Pablo: “¿Qué tienes que nos hayas recibido? Y, si lo has recibido ¿a qué te glorías cual si no lo hubieras recibido?” (1 Co 4,7).

– Han de ser personas orantes. La oración, la contemplación, y la imitación de Jesucristo son la condición imprescindible de toda actividad apostólica. Ellas son las únicas que permiten al apóstol “beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19,34)” (n.36).

El Papa explica el sentido de la oración en algunas situaciones de la vida:

La oración y el pastor: “El misionero está llamado a ser activo en la contemplación y contemplativo en la acción. Sólo una educación en la oración contemplativa y una coherente vida de oración íntima y profunda, permite hacer de los cristianos personas totalmente abiertas, como corresponde a la lógica de la gracia de la consagración apostólica y misionera a Dios y a los hermanos”⁶⁴. Citando al Papa Gregorio Magno, nos dice Benedicto XVI: “El pastor bueno debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas” (n.7). Pablo VI afirmó que “la sociedad intercultural e interreligiosa “exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible” (EN 76). Por eso, Juan Pablo II afirmó que “el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos” (I Jn.1,1-3)” (RMi. 91).

⁶⁴ J. CASTELLANO CERVERA, “La oración apostólica a la luz de la encíclica “Deus caritas est”, en *Omnis Terra*, 358, marzo, 2006.

La oración y la necesidad de recibir la ayuda del Señor: "La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo" (n.36). El propio Cristo dijo un día a sus discípulos, y en ellos a nosotros: "sin Mí nada podéis hacer" (Jn 15,5). Necesitamos la ayuda del Señor.

La oración y el servicio a los pobres: "Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo" (n.36). La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo clamoroso de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello" (n.36). Ella y sus hermanas pasaban largas horas ante el Stmo. Sacramento, ya que sin esa larga oración no habrían tenido fuerzas para ir al encuentro de aquellos enfermos y pobres de los suburbios y calles de Calcuta. Ella misma escribía: "Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración" (n.36). Benedicto XVI plantea con todo realismo y crudeza el problema tremendo de la miseria en el mundo. Es verdad que el Papa no menciona ninguna nación, continente o grupo concretos, pero percibimos con claridad que el Papa nos sitúa ante tantos y tantos países subdesarrollados en los que las personas carecen de lo más elemental e indispensable para vivir. Esta situación dramática y dolorosa puede producir dos grandes tentaciones: el recurso a las ideologías para remediarlo con la revolución violenta y subversiva y el cruzarse de brazos y no hacer nada. Ninguna de estas dos posturas es buena. ¿Cómo podemos evitarlas? El remedio para evitar cualquiera de esas posturas es la oración ya que impide que reaccionemos de manera violenta o que caigamos en el desánimo o el pasotismo: "nada puede hacerse".

La oración ante el activismo y el secularismo. "La importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo" (n.37). El Santo Padre prosigue su reflexión poniendo de relieve y reafirmando la necesidad de la oración para evitar cualquier signo de secularismo en el cristiano que ha entregado y comprometido su vida al servicio de los necesitados.

La oración ante el dolor y la injusticia. Un tema siempre actual y candente: si Dios nos ama ¿por qué permite el sufrimiento? "No podemos responder de forma adecuada a esta pregunta porque no podemos tener ahora una visión clara y total del plan de Dios sobre la humanidad, y, sobre todo, no somos ahora, en el tiempo, capaces de situarnos en la perspectiva de la eternidad bienaventurada de Dios, ante la cual, el tiempo es como un instante que pasa. En el juicio

final quedará por así decirlo claramente “justificada”, manifiesta, la sabiduría y el amor de Dios en su solicitud providente a favor de todas sus criaturas”⁶⁵.

Las enseñanzas del santo Padre iluminan este tema: “Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?” (n.37).

Miremos a Job. “Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: “¿Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!...Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera (...) Por eso estoy, ante Él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado” (cf. Jb 23, 3.5-6.15-16) A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir” (n.38).

Contemplemos a Jesús. La oración de Jesús en la Cruz. En este tiempo en que vivimos contemplemos con fe y amor a Jesucristo clavado en la cruz por nosotros. En Cristo encontramos luz para creer en el amor de Dios. Es verdad que Dios Padre no impidió que Jesús, su Hijo amado, muriera a manos de los pecadores con una muerte ignominiosa, pero no es menos cierto que “Jesús murió según las Escrituras”, es decir, su muerte entraba dentro de los designios de Dios. Nunca ha estado más cerca de su Hijo Jesús el Padre que en el Calvario. Dios estaba allí, en el Gólgota, pero no como lo esperábamos nosotros: con poder, gloria, fuerza, sino según los caminos de Dios: pobreza, debilidad, humildad, amor...Podemos decir que en cierto modo el Padre ha mostrado su omnipotencia mostrándose débil, permitiendo que su Hijo fuera torturado, injuriado, azotado, vituperado, insultado, crucificado, muerto en cruz. En la cruz, el Padre muestra su amor a su Hijo y en Él a todos los seres humanos, a cada uno. Resucitando a su Hijo Jesús, el Padre manifiesta su amor paterno a Jesús y a toda la humanidad.

¿Podemos gritar ante nuestro dolor como Jesús en la cruz? “Dios no nos impide gritar como Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has

65 Mons. E. YANES, “Pregón de Semana Santa en Alcañiz 2006: “Pregonar el Evangelio”, en *Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza*, CLXV/4 (2006), 282.

abandonado?» (Mt 27,46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: “¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz” (Ap.6,10). San Agustín da a nuestro sufrimiento la respuesta de la fe: “Si comprehendis, non est Deus”, si lo comprendes, entonces no es Dios” (*Sermo* 52; PL 38,360) (n.38).

¿Podemos quejarnos ante Dios en presencia de tantos sufrimientos, dolores, lágrimas, muertes...que existen en el mundo? El Santo Padre responde: “Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que Él sea impotente, o bien que «tal vez esté dormido» (1 R 18,27). Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, (Mt 27,46) el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos seguimos creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (1t 3,4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros” (n.38).

– Han de ser hombres de fe, esperanza y caridad. Estas virtudes teologales están unidas” (n.39) ya que ellas constituyen “la existencia teologal del cristiano”. ¿En qué consisten estas virtudes? El Papa nos ofrece una descripción de estas tres virtudes teologales.

“La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en las manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él (...) La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor (n.39)⁶⁶.

“La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad (n.39). La espe-

66 BENEDICTO XVI, “Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones. Universidad de Ratisbona (Alemania)” (12-IX-2006), en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg_sp.html. Consultado el 15 de octubre de 2006. Cf. J. ALFARO, *Existencia cristiana*, Roma, PUG, 1975; F. SEBASTIÁN, *Antropología y teología de la fe cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1973; L. BOFF, *La fe en la periferia del mundo*, Santander, Sal Terrae, 1981; A. BENTUE, *La opción creyente*, Salamanca, Sígueme, 1986; J. M. ROVIRA, *Fe y cultura en nuestro tiempo*, Santander, Sal Terrae, 1988; J. M. VELASCO, *Increencia y evangelización*, Santander, Sal Terrae, 1988; O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1995; J. L. MARION, *Prolegómenos a la Caridad*, Madrid, Caparrós Editores, 1993; A. ROUET, *Risques et espoirs de la charité*, Paris, Le Centurion, 1976.

ranza nos hace contar con la fidelidad y la fuerza de este amor en la experiencia de nuestra debilidad.

“El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica” (n.39). El amor nos identifica con Jesucristo y nos introduce en la comunión espiritual con nuestro Dios en la vida y en la acción. El amor nos permite ver la gloria del Señor y el triunfo de la vida más allá de la oscuridad y las amarguras de este mundo. El amor es la victoria del Señor y en él está nuestra salvación.

Contemplemos a la Stma. Virgen María y a los Santos (n.40).

“Contemplemos finalmente a los Santos a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad (...). Martín de Tours, Antonio Abad..., Juan de Dios, Vicente de Paúl, Juan Bosco, Teresa de Calcuta siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor” (n.40). “En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María” (n.42).

La Stma. Virgen María

“Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad” (n.41). Recordemos algunas enseñanzas sobre María de Benedicto XVI:

- “María expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno” (n.41). María está totalmente expropiada de sí misma, entregada completamente a Jesucristo. Desde la Encarnación hasta la muerte de su Hijo Jesucristo en la Cruz, María ha vivido con realismo su entrega total a Dios.
- “María es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor. Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios” (n.41). Enseñanzas importantes y luminosas para el dialogo ecuménico y para todos. María entendió su persona y su vida como una proexistencia, es decir, vivir al servicio de Dios y de los demás.
- “María es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Dios, el ángel puede presentarse a ella

y llamarla al servicio total de estas promesas” (n.41). Nuestro mundo necesita personas que le ayuden a esperar y que le den razones para esperar.

- “María habla y piensa con la Palabra de Dios; la palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios” (n.41).
- “María como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia, en Caná, en la vida pública de Jesús, al lado de la cruz de su Hijo, en Pentecostés...” (n.41). “María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor” (n.42).

SEMBLANZA DE “CARITAS”

“Entre las organizaciones sociales y caritativas de la Iglesia, Caritas Española ocupa un lugar destacado, por su carácter expresamente eclesial y jerárquico. (...) Los Obispos organizan la comunicación cristiana de bienes con los necesitados, con los últimos. Una más honda vivencia de la comunión eclesial redundará en un mejor servicio a los pobres y desvalidos”⁶⁷.

– Identidad de “*Caritas*”. *Caritas* es la Organización moderna de una de las tres tareas esenciales de la vida de la Iglesia. Estas tres tareas hacen de la Iglesia una Comunidad de Amor, signo sensible del amor de Dios a toda la humanidad. Por eso, en sí misma y por sí misma *Caritas Internationalis* es en el mundo un signo sensible de una realidad de fe: la Caridad de Cristo que urge a su Iglesia a ejercitar su amor. *Caritas*, sin palabras, evangeliza.

– “*Caritas*” debe existir y actuar en toda comunidad eclesial. “*Caritas*” es expresión pública de la “caridad” de la Comunidad cristiana, por lo que todos somos corresponsables de ella. Nadie debe sentirse excluido o marginado de ella. *Caritas* no es “opcional” dentro de la Iglesia. No puede haber una comunidad eclesial organizada en torno a la Palabra y el Culto Divino, y que falte en ella *Caritas* como organismo de la Iglesia universal con la misión de ejercer oficialmente una de las tres tareas de la Iglesia: el servicio de la caridad.

67 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La caridad”, o. c., n. 23.

– *Retos para Caritas en los próximos años.* La Asamblea General de Caritas, reunida en Madrid el día 30 de enero de 2006, agradece al Papa los retos que plantea en su primera encíclica, y señala las cuatro líneas prioritarias a las que “Caritas” debe prestar atención prioritaria en los próximos años:

– Impulsar el acompañamiento a todos los niveles territoriales de “Caritas”

– Profundizar en la formación de los agentes de la institución

– Reforzar la labor de incidencia pública y de sensibilización para promover la transformación de la realidad social

– Situar a los empobrecidos como los verdaderos protagonistas del ser y del hacer de “Caritas”⁶⁸.

– *La espiritualidad de los miembros de las organizaciones caritativas de la Iglesia*

Los miembros de *Caritas* y de las citadas organizaciones poseen una espiritualidad que brota y surge de Jesucristo, su fuente y modelo. “*Caritas* por su identidad posee una específica espiritualidad que nace y proviene de Jesucristo. Por tanto, sus rasgos son los siguientes: *Kenosis* (anonadamiento), *diakonía* (servicio), *koinonía* (comunión) y *profecía* (anuncio del Reino y denuncia del pecado).

Explicuemos los rasgos de esta espiritualidad:

– Desde la *kenosis* de Cristo, han de optar por el anonadamiento y el abajamiento, la humildad y la sencillez. El Concilio Vaticano II enseña que “así como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo (Flp 2,6) y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2 Co 8,9); así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo” (LG 8). Desde la contemplación de Jesucristo, Siervo de Dios y de la humanidad, la Iglesia ha de ser y mostrarse servidora de Dios y servidora de los hombres.

– Desde la *diakonía* de Cristo, han de elegir el servicio y el acompañamiento, la entrega y la generosidad, la escucha y el diálogo como estilo de su presencia y de su hacer. Como Jesús, debemos ser el buen

68 “Caritas”. Diócesis de Málaga.

samaritano que escucha el grito del herido tirado al borde del camino, que se acerca a él con inmensa compasión y misericordia, que lo acoge, lo abraza con ternura, lo cura vertiendo en sus heridas el bálsamo del amor, carga con él y se encarga de él. La Iglesia, siguiendo a Jesucristo, ha de hacer la opción evangélica por los pobres. “La Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo” (LG 8). Promovamos una Iglesia pobre y solidaria con los pobres.

- Desde la *koinonía* han de vivir en comunión, fraternidad y comunicación. Nadie debe trabajar “a su aire”, “por su cuenta”, sino en comunión. En Cristo, todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, servidores unos de otros con el don o carisma que cada uno haya recibido del Espíritu Santo para “común utilidad y para la edificación de la Iglesia”. Vivir la comunión exige promover una “cultura de la comunión” que se caracteriza por la convergencia, la corresponsabilidad, la comunicación, la coparticipación, la colaboración y una específica espiritualidad que nos ofrece Juan Pablo II quien enseña que la Iglesia es “la casa y la escuela de la comunión” e impulsó “una espiritualidad de la comunión”⁶⁹.
- Desde la *profecía*, han de estar dispuestos a anunciar la Buena Noticia del Reino, presencia de gracia y de salvación en el mundo, y a denunciar las estructuras de pecado y las injusticias; prestar su voz a quien no la tiene; dar la palabra a quienes se les ha quitado o nunca se les ha dado. La Palabra de Dios nos debe quemar por dentro como a los profetas, por lo que debemos decirla, proclamarla, anunciarla. Hagamos como Pablo que anunciaba a Jesucristo con ocasión y sin ella y aun en la cárcel. No guardemos el Evangelio para nosotros solos. No nos avergoncemos del Evangelio ante los demás. Aun encadenados, proclamemos el Evangelio que es “fuerza de salvación para el que cree” (Rm 1,16).

Todo esto nos pide algo muy importante: hacer una clara opción por el Dios del amor y de la justicia. No separemos amor y justicia. No contraponamos el amor a Dios y el amor al prójimo. No separemos promoción humana y evangelización, como ya enseñara Pablo VI en su Encíclica *Evangelii nuntiandi* (nn.31-32).

69 “Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte”, Madrid, BAC, 2001, 66-68.

4. HACIA UNA IGLESIA SAMARITANA QUE EVANGELIZA POR MEDIO DE LA CARIDAD

Nos parece que el Señor nos dice a cada uno después de leer esta Encíclica aquellas palabras con las que terminó la parábola del Samaritano: “ve, pues, y haz tú lo mismo” (Lc 10,37). No nos quedemos en el gesto material y externo de mirar, de conocer, de sonreír, de ayudar, de socorrer, de destruir las raíces que causan la pobreza y la exclusión. Demos un paso más. Nuestro gesto de acogida y de amor, de respeto y de ayuda ha de ser siempre signo del amor divino de tal modo que lo transparente y lo haga visible. Si así amamos, seremos reflejo del Dios Amor que nos ama y nos convierte en su imagen y nuestro amor no tendrá la menor sombra de egoísmo ni de búsqueda de nuestros intereses.

Hemos de tender hacia una Iglesia samaritana que escuche el clamor y el grito de los empobrecidos; que no dé un rodeo cuando ve a los pobres, a los excluidos, a los que hemos hecho irrelevantes; que se incline con misericordia ante los que sufren; que se encargue de los heridos que se encuentran en los bordes de la ciudades y pueblos, en las zonas de exclusión del mundo; que cargue con los necesitados; que alivie sus dolores y sufrimientos; que denuncie las injusticias del mundo. Esto nos exige que trabajemos en comunión, en colaboración..

5. LA SACRAMENTALIDAD DE LA ACCIÓN CARITATIVA

La Iglesia se manifiesta a través de la predicación de la Palabra de Dios, de la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos y del servicio de la caridad como “sacramento universal de salvación” (AG. 1) y se muestra solidaria con los gozos y sufrimientos de todos (cf. GS 1).

Servir a Cristo en los pobres y servir a los pobres como Cristo-Jesús.

Nosotros ofrecemos a Cristo nuestras manos para que a través de ellas siga actuando en el mundo; le ofrecemos nuestro servicio para que siga salvando, liberando, redimiendo a los esclavos y esclavizados por el pecado; le ofrecemos nuestro corazón para que siga amando a los que nadie quiere (cf. n.35).